

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

DE ALGUNOS

MÉDICOS ILUSTRES DE MÁLAGA

POR

D. NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR

Cronista de la provincia de Málaga.

MADRID

ADMINISTRACIÓN DE LA REVISTA DE MEDICINA Y CIRUGÍA PRÁCTICAS

Precelados, núm. 33, bajo.

—
1913

AN
X
723

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

DE ALGUNOS

MÉDICOS ILUSTRES DE MÁLAGA

Imprenta y Librería de Nicolás Moya, Garcilaso, 6, y Carretas, 8.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

DE ALGUNOS

MÉDICOS ILUSTRES DE MÁLAGA

POR

D. NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

Cronista de la provincia de Málaga.



MADRID

ADMINISTRACIÓN DE LA REVISTA DE MEDICINA Y CIRUGÍA PRÁCTICAS

Preciados, núm. 33, bajo.

—
1912



Publicado en el BOLETÍN DE LA
REVISTA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
PRÁCTICAS, Madrid: 1912.

R 96 604



I

Don Nicolás Francisco Rexano.

Medina Conde, en sus discutidas *Conversaciones Malagueñas*, tuvo ya un recuerdo honroso para este notable médico, que en Málaga ejerció su profesión, que en esta ciudad murió y que no faltan motivos para suponerle hijo de ella.

Debió nacer á fines del siglo xvii ó principios del xviii, pues consta que en 1730 estuvo en Cádiz asistiendo á los epidemiados y prestando servicios importantísimos á los enfermos y á la ciencia.

En la epidemia de Málaga del año 1741, no sólo se distinguió, sino que sobre ella escribió un extenso trabajo, que bien merece detenido estudio, y que tiene importancia no sólo mirado bajo el punto de vista médico, al explicar detalladamente la enfermedad que entonces causó tantos estragos, sino por su interés histórico que se refiere al principio, duración y término del contagio, sin olvidar detalles curiosos.

No hemos de negar que el estilo es algo confuso, pero es notorio que esa forma literaria, más contagiosa que la misma epidemia que reseña, es un defecto que padecían casi todos los escritores de su tiempo, del que no se libraron literatos inclui-

dos en el Diccionario de autoridades de la Academia.

Las frases rebuscadas, los conceptos diluidos en palabras huecas, las citas eruditas más ó menos oportunas, la extensión en los trabajos, eran síntomas de una fiebre que se notaba, no sólo en las obras científicas, sino en la oratoria sagrada y forense, en los estudios literarios y hasta en las obras de los dramáticos en decadencia de esa época, que sucedió á la gloriosa del siglo de oro. Reseñemos la obra del Sr. Rexano, cuyo ejemplar tenemos á la vista.

Se titulaba:

Crisis / Epidémica / que se padeció en esta ciudad / de Málaga / en el año de 1741. / Theatro nacional, donde desnuda la verdad, / se presenta al examen de los ingenios, assevera- / da con el parecer del lucidísimo Congres- / so de Cavalleros Médicos de / dicha Ciudad. / Su author Don Nicolás / Francisco Rexano, Socio de la Real So- / ciedad de Sevilla, y Académico Ho- / norario de la Real Academia / Matritense &. / Con licencia: En Málaga, en la Im- / prenta de Don Antonio Henríquez, Calle / de S. Juan, año de 1742.

Contenía:

I. Dedicatoria.—A el Muy Ilustre y Magnífico Señor D. Antonio Guerrero y Chavarino, Coronado y Zapata, Conde de Buena Vista &. Expone sus dudas, disipadas, para dar á la imprenta su trabajo, al verse patrocinado por tan ilustre prócer. Agrega:

« Corriendo, pues, mi respetuosa atención por las tres clases de bienes, de animo, naturaleza y fortuna, que ilustran á V. S., encuentra quanto desea mi cuidado (sin que le mienta el excesivo

afecto que siempre le profesé), motivo porque aunque mis siempre venerados compañeros en la elección de Patrono me dexasen libre, me sentí sin libertad engolfado en los méritos de V. S., pues siendo esta obrita mal vista, por pequeña y flaca, por su materia, sería yo, ó pródigo en malograr tanta suerte, ó desacertado en no darle por patrono á quien en uno y otro le facilitase el logro de su desempeño: el buen aspecto por tan *Buena Vista* y su defensa por tal *Guerrero*».

II. Aprobación del M. R. P. Maestro Fr. Juan Licardo, del Orden de Ermitaños Calzados de San Agustín, Prior que fué de los conventos de Málaga, Granada y Antequera y Provincial de Andalucía. El P. Licardo examinó la obra por orden del Sr. Provisor y Vicario General del Obispado D. Felipe Martín Ovejero. Entiende que «es una Historia, escrita con mucha sinceridad y modestia; historia fiel de todo lo que pasó (según lo que vimos) durante el tiempo de la Epidemia; historia donde no mezcla el Autor reflexion alguna poco caritativa á las personas de su facultad, ni que tenga el aire de la parcialidad, ó que denote la pretension; historia, en fin, donde no hallo cosa que pueda herir la Fe Ortodoxa, ni la pureza de las costumbres, &c.». Lleva la fecha de 30 de marzo de 1742.

III. Licencia del Sr. Gobernador y Vicario del Obispado. 14 abril 1742.

IV. Dictamen que sobre «este resumen Histórico Médico, dan los doctores D. Pedro Francisco González, Presbítero. Médico de Armadas y Fronteras y del Hospital Real de esta ciudad, por Su Magestad, D. Juan Valdelomar y Llanos, Médico titular de los Hospitales, del General de San Juan

de Dios de esta ciudad y de Señora Santa Ana y D. José Guiral y Conejos, Catedrático que fué en la Universidad de Valencia, el que ha dado á luz nuestro compañero D. Nicolás Francisco Roxano, &c.

V. *Aprobación*, en vista del anterior dictamen, dada por el Excmo. Sr. D. Rodrigo de Avellaneda Sandoval y Rojas, Marqués de Torre Mayor, Comendador de Torres y Cañamares, de la Orden de Santiago, Teniente General de los Reales Ejércitos y Gobernador Militar y Político de Málaga.

VI. *Elogio* que hace al autor el Cirujano Revalidado D. José Serrano. Era éste regular poeta, como lo demostró en otras composiciones que reservamos. Además publicó varios trabajos médicos. Consideramos oportuno reproducir este *Elogio* del Dr. Rexano, aunque no se trate de décimas muy inspiradas. Le dejamos su ortografía original.

Dulce plectro peregrino
solo accesible á un Serrano
dibuja lo más Humano
ó ilustra lo más Divino;
con Alas aplaude fino
del *non plus* la Preminencia
tu Caliope evidencia
lo heroico Noble y honroso,
y arde el afecto amoroso
en las Aras de Obediencia.

—
Heruditísimo afable
Nicolás, Docto Rexano,
Nuevo Apolo Cortesano,
en quien brillan doctrinable

lo Ilustre, lo Diputable,
lo Cómico y Eloquentes:
cierto que me hallo impaciente
notando mi obligación
á elogiáros, siendo acción
de pluma más excelente.

Corone el Laurel tu Frente;
ciña Preciosa Guirnalda
tus Sienes, con la Esmeralda
acreedora justamente.
Que Savio: que diligente,
nota con puntualidad,
la Lethal Voracidad
del Epidémico Grado
dexando Significado
su mayor malignidad.

Logra util Felicidad
este escrito en toda Estancia,
pues con aguda Elegancia
pinta la Calamidad,
que á esta Inclita Ciudad
oprimió, con tal Fiereza
sin perdonar la Grandeza
su indomitivo diseño,
pues pareció con Empeño
se Cebaba en la Nobleza.

Porque oculta tu Prudencia
el Caudal, que tanto Esmalta,
si es una Virtud mui alta
saber y dar influencia,
oi os intimo Sentencia

que no dexes de Escribir,
por que tenga que advertir
el Curioso y más Versado
y quedando Doctrinado
nunca os dexe de aplaudir.

—
Perdona Coripheomio
á este Brindis de Elicona
los yerros que le Eslabona
como á yerto Numen Frío,
ya veo que es desvario
del Afecto y la Fineza.
No atiendas á su baxeza
si al Rithmo que è tu Memoria
por Eternizar su Gloria
manifestó su flaqueza.

VII. *Epigrammas achrosticos por un aficionado del autor.* — Se trata de unos elegantes versos latinos, cuyo acróstico dice: *D. Nicolás Rexano.*

VIII. *Prólogo al lector.* — No tiene importancia y sólo evidencia las buenas relaciones que mediaban entre el Dr. Rexano y los demás médicos malagueños.

IX. *Décima.* — La suponemos del Dr. Rexano, y no está mal hecha.

X. *Texto.* — Empieza describiendo la situación topográfica de Málaga y su puerto, sus montes y ríos. Alude á los vientos que con frecuencia la combaten y da antecedentes de las variaciones atmosféricas de los años 1740 y 1741. Entra después en materia, explicando cómo empezó en Málaga el contagio, traído por unos marineros que venían de América y se hospedaron en la calle de Santo Domingo. Se detiene en examinar los síntomas de

la enfermedad y cuantos fenómenos notó en los contagiados, tratando el asunto bajo el punto de vista médico con gran reflexión. Concluye entendiendo como cierta la opinión del médico americano Fomes, de que no habían desaparecido los residuos del mal y era necesario preservarse y tomar medida para que el mal no retoñara.

Dos años después, en 1744, tenemos un notable y erudito informe del mismo Rexano, en unión de los Dres. D. Juan Valdelomar y Llanos, médico del Hospital de San Juan de Dios, y de D. José Guizal y Conejos, Catedrático extraordinario de la Universidad de Valencia, sobre la pestilente constitución de la Plaza del Peñón, fechado en 24 de abril del año citado.

Se inserta al frente del libro:

El Contagio de el Peñón que acreditan los famosos tropheos de la facultad médica: individual descripción de la constitución pestilente, que padeció aquella plaza el año de 1743. La escribían el Doctor D. Thomas Exarch, del Claustro de la Universidad de Valencia y Médico que ha sido por S. Magestad de los tres menores Presidios de Africa; D. Juan de Figueroa, Médico honorario de la Real Familia y que lo fué, con nombramiento del Rey, de el Presidio del Peñón, y D. Joseph Serrano, Cirujano de la Ciudad de Málaga, los tres embiados de orden de S. M. á la curación del expressado Contagio y la dedican al Sr. D. Julián Fernández Bayña, Théniente Coronel de los Reales Exércitos y Gobernador de dicha Plaza. Impresso en Málaga, en casa de D. Antonio Henriquez, en la calle de San Juan. En 4.º, 12 hojas de prels. y 108 págs.

Como hemos indicado antes, el Dr. Rexano no dejaba de tener importancia, siendo socio de aquella Real Sociedad Sevillana, de tan gloriosa tradición, y Académico Honorario de la Real Matritense, título que en Málaga sólo disfrutaban dos ó tres de sus compañeros.

Era médico del Hospital de San Julián, según vemos en los papeles de su Archivo.

Solano de Luque, en su notable obra *Novæ raræ-que observationes circa crisium prædictionem ex-pulsu*, &. (Venecia, 1759), en un capítulo III, observación VI, dedica elogios extensos al Dr. Rexano.

En 28 de abril de 1761 dió el Dr. Rexano una amplia censura para el libro *Disertación physico medico mecanica sobre las aguas de Portubus, sus minerales, uso methodico, distribución economica de ella y demás*, &.

La escribió D. Domingo del Campo, doctor en Medicina por el Claustro de la Universidad de Zaragoza; natural del lugar de Cidones (Soria), y la presentó á la Academia de Ciencias Naturales y Buenas Letras de la ciudad de Málaga, en sesión del 16 de abril de 1761.

De esta Academia fué fundador y Presidente D. Nicolás, compartiendo aquellas discusiones con el Dr. Fernández Barea, conocido por el Médico del Agua.

En 1762 vivía el famoso Doctor en esta ciudad en la colación de la Parroquia de los Santos Mártires, sitio conocido por los Pozos Dulces y calleja del Perico, dos casas más allá del Corralón de los Arroperos.

En el padrón leemos:

CASA 287

Don Nicolás Rexano.

Doña Josefa Hurtado, su mujer.

Don Francisco Rexano, hijo (tonsurado).

Don Antonio González, soltero.

Doña Ana de Heredia.

Don Fernando de Vargas.

Doña Josefa de Vargas.

Doña María Longo.

El Dr. Rexano murió en esta ciudad de Málaga el día 2 de diciembre de 1765.

En la Biblioteca de la Sociedad Económica de Málaga hemos leído un epitafio en verso latino, que se encabeza así:

Epitaphio in obitu Franciscus Rexano in Liceo Scholarum Regalium Civitatis Malacitani Latinatis Magistri.

¿Se refería á su hijo?

De éste sabemos que en 1791 vivía en la casa número 28 de la calle de Santa María, y con él doña Micaela Hurtado, anciana impedida, tal vez hermana de su madre, pues ésta consta que murió en el año 1782.

Varios de los autores que han dedicado sus esfuerzos á recopilar datos sobre la *Historia de la Medicina Española*, no han omitido á Rexano; pero no encontrando antecedentes biográficos, le mencionan solamente ó se limitan á citar su obra *Crisis epidémica*. Martínez Reguera también le cita en su *Bibliografía Hidrológica Médica Española*.

II

El Dr. D. Manuel Fernández Barea.

Con el nombre del *Médico del Agua*, aplicado en otras épocas á los que con ella intentaban curar determinados padecimientos, fué conocido en la ciudad de Málaga aquel notable Doctor que se llamó D. Manuel Fernández Barea.

Nació en la hermosa ciudad del Guadalmedina, en el primer tercio del siglo XVIII, y pertenecía á una antigua familia de Hijos-dalgos.

Hizo sus estudios en la Universidad Sevillana, con gran aprovechamiento, y al licenciarse determinó fijar su residencia en su ciudad natal.

Fernández Barea era muy respetado por sus compañeros, que escuchaban con gusto sus observaciones, pero llegó un día, hacia el año 1759, en que pública y privadamente empezó á dar á conocer teorías muy especiales, asegurando que el agua era el más seguro é infalible de todos los medicamentos. Esta enérgica afirmación hizo nacer científicas y lógicas disputas y le acarreó enconados enemigos. Un siglo antes ya había existido en Málaga un D. Luis Alderete y Soto, Regidor perpetuo, Procurador mayor en la corte del Ayuntamiento malacitano y Alguacil mayor de la Inquisición, que en libros, folletos y discursos sostuvo las milagrosas virtudes del agua. Este Alderete,

sin tener título, ejerció la medicina, siendo á la par teólogo, químico y astrólogo. Escribió gran número de libros, impresos algunos de ellos en Valencia, Madrid y Málaga, citándose entre otros: *Vehículos y modos de usar el agua de la vida*; *Defensa de la Astrología y Conjeturas por el Apocalipsis de los años, en que se extinguirá la secta mahometana y nacerá el Anti-Cristo* (Madrid, 1681); *Discursos del Cometa del año 1680* (Madrid, 1682); *Luz de la Medicina y respuesta á las objeciones puestas á la Universal: La verdad acrisolada con letras divinas y humanas, Padres y Doctores de la Iglesia* (Valencia, 1682); *El Génesis* (M. S.); *Discurso del Cometa de 1681*, y *Sobre la Apocalipsis* (M. S.).

Volviendo á Fernández Barea, hemos recogido algunos curiosos datos que nos lo dan á conocer como el verdadero iniciador y fundador de aquella célebre *Academia de Ciencias Naturales de Málaga*, que empezó hacia el año 1757. En la primera Junta fué nombrado Presidente y desarrolló toda su actividad en pro de la nueva Institución, organizando conferencias científicas y realizando solemnidades que en nuestros *Anales* apuntamos.

Consta que hacia el año 1761 recurrió á S. M. y á los Alcaldes de los Hijos-dalgos de la Real Chancillería de Granada, para probar lo noble de su ascendencia, contestando á los ataques que le hicieron los enemigos de sus teorías. Para lograrlo y vencer los obstáculos que se le oponían, necesitó cuatro Provisiones de S. M.

Hemos leído la resolución, que tiene fecha de 27 de mayo de 1761, y en ella dijeron los Alcaldes de los Hijos-dalgos:

« Que mandaban y mandaron que á la parte de

dicho D. Manuel Fernández Barea, se despache Real Provisión para que dicho Consejo, Justicia y Regimiento, en conformidad del recibimiento de Hijo-dalgo que le tiene él hecho, le guarde y haga guardar todas las exenipciones, franquezas y preeminencias, que es estilo y costumbre en dicha ciudad y en estos reynos guardar á los demás Hijos-dalgos de sangre, exceptuándole de todos los pechos y repartimientos de pecheros y de las cargas concejilés, anotándole en ellos en la misma conformidad que se anotasen los demás Hijos-dalgos, le nombre y proponga en los Oficios de Justicia, correspondientes á dicho estado, y no se impida ni embarace que pueda usar del escudo de sus armas en las casas de su morada, y demás partes que le convenga, &c.

Esta Real Provisión la presentó al Ayuntamiento de Málaga el mismo Dr. Barea, el once de junio siguiente, siendo obedecida y poniéndosele en la posesión de los honores que se le conferían, á los que tenía derecho y de los que aparecía privado.

Fernández Barea era hombre generoso y activo. En la epidemia de 1751, llamada vulgarmente de los tabardillos, asistió á más de tres mil enfermos, y para mantenerse en este tiempo vendió la última finca que le restaba.

La fama creciente de Fernández Barea llegó á la Corte, y el Marqués de Bañeza lo llamó á su lado, protegiéndolo espléndidamente.

Más tarde, el Rey D. Carlos III le nombró su médico y le otorgó no pocos honores.

Residió también en Ronda algún tiempo. Ocupémonos ahora de sus principales obras:

1. *Juicio práctico sobre las virtudes medicinales del agua, presentado á la Academia de Ciencias*

Naturales y Buenas Letras de Málaga, el día 20 de enero de 1760.

Se imprimió en Granada en 1761, por los herederos de D. José de la Puerta.

Está precedido de una censura de D. Manuel de la Vega, médico granadino, titular de los Reales Hospitales, Hospicio y Seminario, Primario del Hospital General y Convento de San Juan de Dios y Socio honorario de la Real Matritense de Nuestra Señora de la Esperanza.

Esta censura la llevó á cabo por orden del Oidor de la Real Chancillería, D. Miguel Arredondo y Carmona, Juez de Imprentas y Librerías, del Consejo de S. M.

El Sr. Vega elogia á Fernández Barea, y cita las polémicas suscitadas en Granada en pro y en contra del uso del agua, sostenidas por los Doctores D. Francisco Fernández Navarrete y don Agustín Páez Pizarro. Se hace partidario de la opinión de Boix, en unas conclusiones sostenidas en París.

Sigue la licencia del Juez Real, Sr. Arredondo, autorizando la impresión en Granada, á 10 de enero de 1761.

A continuación aparece un *Dictamen* de D. Francisco de la Casa, presbítero, médico del Cabildo y Colegio del Sacro Ilipulitano Monte, Catedrático de Medicina de Madrid (8 enero, 1761). Es un dictamen bastante extenso, en el cual se declara el autor partidario de las teorías del Dr. Barea, citando algunas pruebas en que obtuvo éxito.

En el prefacio de la obra, Fernández Barea se esfuerza en demostrar que no hay enfermedad, por grave que sea, resistente á la aplicación del agua, asegurando que enseña más la experiencia

que todos los conceptos que se aprenden en una carrera de muchos años; detalla 70 observaciones curiosísimas, aplicando el agua á los enfermos, la mayor parte haciéndosela beber, otras por medio de baños y varias rociándola sobre el cuerpo del doliente. Cita los nombres de los salvados por su método, entre ellos algunas personas notables, como el beneficiado de Ronda, D. Rodrigo de Holgado; el Administrador de las Rentas de Puerta Nueva, D. Antonio Fariñas; su propia hermana D.^a Isabel Fernández Barea; el ilustre D. Gonzalo Chacón; los hijos del Conde de Molina; D. Eugenio de Ahumada; D. Clemente de Truxillo; el maestro Juan de Valenzuela; D. Miguel de Iriberry; la Condesa de Quinalox; el Capitán D. Antonio Añora; D. Pedro Quiltín; el presbítero D. Manuel de Luzurriaga; D. Hermenegildo Ruíz, y el Licenciado D. Pedro de Hoyos.

No hay enfermedad que no estimase oportuna para la aprobación de su teoría, y lo mismo asegura que curó con ella las apoplegías, que las calenturas, las viruelas, las indigestiones, las hidropesías y las úlceras. A su juicio, era una panacea universal. Cita enfermos á quienes hacía beber una jarra de agua durante dos horas, durante un período de seis días. No reparó ni en edades ni en temperamentos.

Si no temiéramos cansar á nuestros lectores, reproduciríamos páginas enteras del curioso libro.

II. *Diálogos del Médico y el Practicante, por Manuel Fernández Barea, natural de Málaga. Con licencia. Impreso en Granada por los herederos de D. Joseph de la Puerta.*

Contiene:

Escudo de armas.

Dedicatoria á la Sra. D.^a María Luisa Moreno Alonso y Serrano. Empieza indicando el mérito de algunas sabias mujeres y concluye con elogios infinitos de la Sra. Moreno, de quien afirma *que no hay persona de distinción en Madrid, ni en México, que no conociera el mérito de Madame Moreno.*

Aprobación de D. Francisco Antonio de la Casa, médico y sacerdote, antes mencionado. Está fechada en Granada, el 6 de octubre de 1761. Es un trabajo bastante largo, no exento de pretensiones ni de erudición.

Licencia del Juez Real, Sr. Arredondo.

Aprobación del famoso poeta D. José Antonio Porcel y Salablanca, colegial que fué del Sacro Monte, Académico de la Española y de la Historia, Canónigo de la Iglesia Colegial del Salvador de Granada. (6 noviembre 1761).

Entre otras alabanzas, al ocuparse del Dr. Barea, dice:

«He admirado un genio sobresaliente, libre, pero no desenfrenado; una imaginación viva, vehemente, y un espíritu de aquella fuerza que se necesita para romper las intrincadas ataduras de la Escuela Común ó Física abstracta, con que se dejan ligar los médicos vulgares, y que aunque en el día sea el idioma preciso del theólogo, más daña que aprovecha al médico».

Licencia del Sr. Provisor Dr. D. Joaquín de Salazar y Dávila, Canónigo doctoral de Granada y Vicario general por el Arzobispado D. Pedro Antonio Barroeta y Angel. (6 de noviembre de 1761).

Al público. — Curiosas páginas que nos dan idea de las persecuciones que por sus teorías filosóficas sufrió el Dr. Barea.

El texto tiene más de filosófico que de nada. Ba-

rea sostiene atrevidas doctrinas y analiza la importancia de la Teología y de la Medicina, exponiendo sus afinidades. Por menos motivo salieron en los *Autos Inquisitoriales* algunos hombres de ciencia, que no vacilaron en hacer públicas sus ideas.

III. *Oración pronunciada en la Academia de Ciencias Naturales y Buenas Letras de Málaga, en el día ocho de noviembre de mil setecientos cincuenta y nueve, por D. Manuel Fernández Barea.*

Es un folleto, sin pie de imprenta, ni año de impresión, pero que debió salir de las tipografías malagueñas.

Es un discurso más literario que científico, algo confuso y rebosando pedantesca erudición. Enaltece los fines de la Academia que fundó y no silencia sus esperanzas de que obtenga gloriosos trofeos.

IV. *Historia interior de la Medicina, por D. Manuel Fernández Barea, natural de la ciudad de Málaga. Con licencia. En Málaga, en la Imprenta de la Dignidad Episcopal y de la Santa Iglesia, en la Plaza.*

Dedicatoria. — Al Sr. D. Diego María Ossorio Lasso de Castilla y Martel, Caballero Comendador de la Zarza, Estorninos y Peñafiel, en el Orden de Alcántara, Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos de S. M. y Gobernador militar y Político de la Plaza de Málaga, &. En escasas cuartillas el Dr. Barea enaltece los beneficios que el Gobernador Ossorio dispensó á Málaga. Gracias á su celo esta ciudad miró «desterrado el desorden, oprimida la injusticia, desacreditada la ociosidad, promovidas las obras públicas, y en una palabra, abatido el vicio y recompensada la virtud».

Aprobación del P. D. Juan José Soriano, Prepósito de la Congregación de San Felipe Neri, de Málaga. El ilustre P. Soriano, que era un elocuente orador y publicista, no escasea el elogio en favor de la obra. (1.º marzo, 1759).

Licencia del Provisor D. Manuel Ferrer y Figueredo, que luego fué Obispo de Málaga, en nombre del prelado D. José de Franquis Lasso de Castilla. (Málaga, 22 marzo 1759).

Censura del Dr. Nicolás Francisco Rexano. (1.º marzo 1759).

Licencia del Juez Subdelegado de Imprentas, D. Juan Miguel Díez, del Consejo de S. M., Alcalde del Crimen Honorario de la Real Audiencia de Valencia y Mayor de lo Civil de la ciudad de Málaga. (2 de marzo de 1759).

Prólogo. — Parece como que en el mismo se propuso el autor dar á conocer sus conocimientos en la historia de la Medicina, citando autores á granel.

Texto. — Esta obra no añade nada al nombre del Dr. Barea. Ni responde al título ni da noticias originales. Es verdad que la dedica sólo á la instrucción de los jóvenes que deseaban imponerse en el arte de curar. Mirada bajo este prisma, puede juzgársela con benevolencia.

V. *Fragmentos médicos y colección de los más preciosos adelantos de la Medicina.* (Málaga 4, 1766).

Colaboró en este libro con el médico inglés, residente en Málaga, D. Rafael Ellesker.

VI. *Disertaciones Académicas.* (Málaga, 1764).

Forman cinco tomos y en ellos aparecen los discursos que el Dr. Fernández Barea pronunció en la Academia de Ciencias y Buenas Letras. Esta obra la hemos visto citada por varios autores,

pero no ha llegado á nuestras manos. Acaso figuren en ella algunos de los trabajos de que nos hemos ocupado.

VII. *Ensayos sobre el Tino mental en el uso de la Medicina.*

Citó esta obra Fernández Morejón y el mismo Fernández Barea la defendió en el prólogo de su *Diálogo entre el Médico y el Practicante*. Morejón dice que quedó manuscrita y el Dr. Barea añade que leyó y defendió sus principales capítulos en su *Academia*, que los Sres. Revisores no tuvieron á bien que se imprimiese, conformándose con la Sentencia, pero que leída por el Dr. D. José Alsinet, médico del Real Sitio de Aranjuez, informó de su contenido al Sr. D. Manuel de la Raga, primer médico de S. M., quien le aconsejó que apelase, dando un Memorial al Real Proto-Medicato, el cual haría el Sr. Alsinet que se leyese en pleno Consejo.

Y agrega:

« Mi respuesta al Sr. Proto-Médico, fué darle muchas gracias por su benignidad y reproducirle la ninguna opinión que yo tenía de mi librote, por ser una obra más bien de ingenio, que no un ramo de observaciones útiles á la salud, que era y debía de ser principal objeto.

Esta respuesta, que agradó mucho á este sabio, puso término al *Tino mental* ».

Dice después:

« El aparato de este librito era una descripción anatómica de la alma racional. Las observaciones y reflexiones que servían como de escalpelo á la disección espiritual de esta sustancia indivisible, pero limitada, al paso que rebajaban lo escabroso del asunto, ó descubrían ó abultaban una nueva

y clara perspectiva en los países de la imaginación ».

Los enemigos de Barea, sin conocer la obra, levantaron contra ella una polvareda inmensa. Con motivo de que por este tiempo fué á la Corte, se dió como seguro que iba llamado por el Tribunal de la Inquisición.

Con este motivo sufrió grandes disgustos.

Él mismo dice indignado :

« Aquí se enfurecieron los síntomas, se malignó más y más la dolencia y desenfrenada la atrabilis, produjo los más horrendos accidentes. ¡Qué dientes tan negros, qué bocas tan sucias, qué lenguas tan puercas, qué salivas tan envenenadas y caústicas no se notaban en los miserables enfermos de la envidia! Mi piadosa madre, quiero decir, la ciudad que hospeda á mis padres por el tiempo de más de cuarenta años, que me franqueó la cuna, que me crió, que me alimentó y que se sirvió de mí tantas veces y para cosas de mucha importancia, importunada de las cuestiones turbulentas de mis émulos, casi casi me tomó ojeriza. Mis padrinos, esto es, los Caballeros, mis Comisarios, mis colegas, mis paisanos, quisieron mil veces, interpelados de lástima, abandonar la Comisión, por no ver tan bárbara y cruelmente sacrificado á su compatriota ».

VIII. *Historia Natural de España.*

No sabemos si llegó á terminarse. Desde luego, la empezó hacia el año 1751, pues Fernández Barea escribía en 1761.

« Muchas personas, y entre éstas, algunas que habitan países extranjeros, me hacen el honor de echar de menos la continuación de mis impresos. Los alemanes, casi con impaciencia, esperan la

Historia Natural de España, que yo escribía diez años ha, y que D. Luis Joseph Velázquez anunció en su libro *Ensayos sobre las medallas desconocidas*. Mr. Thirry, médico francés, muy erudito y muy curioso en indagar los hechos de la Naturaleza, me escribió algunas cartas, cuatro años ha, sobre este asunto y después de participarle algunas observaciones, sobre que particularmente me preguntaba, le franqueé abiertamente las causas y motivos que habían malogrado este trabajo mío y sofocado su intento. El caballero Myndham Beawes me consultó á fines del año pasado, sobre algunos particulares pertenecientes á esta materia. Con este caballero no pude ser más franco, porque mis achaques de espíritu me dejaban poca libertad para tratar de un asunto, en que tiene tanta parte el gusto. Los más cercanos no pueden dejar de extrañar que *habiendo en menos de seis meses dado á luz cinco tratados de medicina*, en los que también prometía otros, haya después corrido un año, sin que se oiga ni vea mi nombre en la Prensa ».

IX. *Disertación médica sobre el Kermes mineral y el uso del agua para la curación de muchas enfermedades.*

Málaga, en 4.º, 1760. Imp. de Martínez de Aguilar.

X. *Disertación sobre la sangría.*

Málaga, en 4.º

Este discurso fué leído ante la Academia de Ciencias Naturales, antes citada, el 15 de noviembre de 1758.

XI. *Clima de Málaga.*

Esta notable producción permanece inédita y es muy digna de ser leída. La escribió en colaboración con el escritor malagueño D. Pablo Ferrer, al

que ya conocíamos por otras obras. Responde á una consulta que hicieron al Sr. Barea los ilustres historiadores D. Cristóbal Medina Conde y don Francisco Barbán de Castro, autor el primero de las *Conversaciones Históricas malagueñas* y el segundo del *Episcopologio de Málaga*.

Se describe en este trabajo nuestra ciudad, su situación, vientos que la combaten, enfermedades que se sufren, medios de combatirlas, mortandad, aguas minerales, yerbas medicinales, frutos dañosos y se detallan otros extremos. Es un trabajo que deben tener en cuenta los historiadores de Málaga.

Es indudable que el Dr. Barea escribió otros libros, algunos publicados, que hasta ahora nos son desconocidos. A este catálogo puede añadirse una traducción de una obra de Donald, que debió imprimirse en Madrid después de 1766, y un trabajo sobre las curaciones por medio del agua, distinto del citado, que se leyó en la Academia de Ciencias el 9 de febrero de 1758, según la *Historia de la Medicina* de Fernández Morejón.

Nuestro biografiado pasó en la Corte los últimos años de su vida y allí falleció en el año 1785.

III

Juan Antonio de Campos.

I

La afición á la Medicina que demostraron los árabes había encontrado estudiosos imitadores en los cristianos, deseosos de arrancar sus secretos al conocimiento perfecto del cuerpo humano.

En el siglo xvii notables hombres de ciencia evidenciaron que con fortuna se ocupaban de esta clase de trabajos, y no fué la provincia de Málaga de las menos favorecidas por la suerte. Antequera fué patria de médicos ilustres, y Málaga durante sus epidemias terribles, especialmente en la de 1649, nos legó nombres famosos que la *Historia de la Medicina* registra.

Ronda contó á Juan Jiménez Savariegos, nacido en el siglo xvi, que publicó libros tan eruditos como el *Tratado sobre la peste, sus causas, preservación y cura*, la *Curación de las enfermedades de niños y sobre las viruelas* (1) y algunos otros (2).

Acaso viviría aún Jiménez de Savariegos, cuando nació Juan Antonio de Campos Naranjo.

Asegura Medina Conde en sus *Apuntes manuscritos* (3) que Campos vió la luz hacia el año 1620,

(1) José Jiménez de Savariegos nació en Ronda en 1568.

(2) No falta quien considere á Jiménez de Savariegos autor del *Comento de la filosofía de las armas de Jerónimo de Carranza*, tan discutido entonces.

(3) Los *Apuntes manuscritos* del Canónigo Medina Conde, autor de las *Conversaciones Malagueñas*, existían, y parte de

pero no hemos podido hallar su partida en las antiguas parroquias de Ronda. No es esto raro, si se considera la extraña variación de apellidos que se acostumbraba por aquel tiempo, como pudiéramos citar casos, no sólo de Ronda, sino de Málaga y Antequera. Mas la fecha de impresión de sus libros nos hace creer que nuestro biografiado nació antes de 1620.

Perteneció Campos á una familia ilustre, algunos de cuyos ascendientes se habían distinguido en el noble ejercicio de las armas.

En Ronda estudió latín, con gran aprovechamiento, hasta el punto de que sus obras, escritas en este idioma, son modelos de estilo y corrección.

No falta quien haya supuesto debió ser su maestro el famoso Juan Causino, manco de ambas manos, que hacía elegantes versos latinos y del cual se ocupa con elogio Espinel en la Relación I, descanso IX de su *Escudero Marcós de Obregón*. Esta suposición no es verosímil, pues cuando Espinel escribió su obra, anterior al año 1618, tal vez no había nacido Campos y el maestro Causino era ya difunto, pues así lo da á entender el párrafo que el ilustre capellán de Santa Bárbara le dedica.

Campos, sintiendo vocación ardiente por la carrera de Medicina, logró de sus padres licencia para estudiarla y fué discípulo eminente de las aulas universitarias.

Al terminar sus estudios regresó á Ronda, donde debió residir pocos años, pues en 1637 consta se encontraba ya ausente de ella, imprimiéndose su

ellos existen todavía en la biblioteca del palacio episcopal de Málaga. Contienen datos curiosos, en forma de *Diccionario*, sobre los pueblos de esta provincia, sus producciones, sus hijos, etc.

primera notable obra científica en la patria del insigne Solano de Luque.

Ansioso de darse á conocer, y no muy sobrado de enfermos ni de fondos, Campos aspiró á desempeñar una plaza de titular en población andaluza, pero no consiguiéndolo, solicitó la de Aranda de Duero, que le fué otorgada.

Tomó posesión de ella y allí se dedicó de lleno á sus aficiones literarias y científicas, pasando después á Antequera, donde prestó grandes servicios en una de sus terribles epidemias, que ignoramos si fué la de 1637 ó la de 1649, lo cual es más lógico creer. Desde Antequera vino á Málaga el ilustre Galeno, probablemente después de 1650, pues Serrano de Vargas no lo cita en su *Anacardina espiritual* (1) al mencionar los médicos que asistieron á los epidemiados.

No ha sido posible averiguar el tiempo que en Málaga residió.

En Ronda se había casado con doña Isabel de Rivas Ossorio, de cuyo matrimonio tuvo varios hijos, entre ellos doña Eufemia Manuela, nacida en Antequera, D. Juan Jerónimo y D. Gregorio.

Era D. Juan Antonio de Campos íntimo amigo del sabio historiador rondeño y jurisconsulto D. Macario Fariñas del Corral (2). La afición que

(1) Serrano de Vargas da curiosas noticias sobre los médicos que residían en Málaga en la epidemia de 1649, en su obra *Anacardina espiritual para conservar en la memoria los avisos que la Divina Justicia, amonestando enmiendas de ofensas, ha enviado á esta ciudad de Málaga, desde que se restauró de moros hasta el año de 1649*. Se imprimió en 1650, y está dedicada al Párroco de Santiago D. Domingo Martínez, héroe de caridad.

(2) D. Macario Fariñas del Corral nació en Ronda, en 1597, iendo bautizado en Santo Domingo. Murió en Ronda, en la calles de Santa Isabel, el 23 de agosto de 1663.

éste profesaba á los estudios históricos logró infiltrarla en su amigo Campos, y ambos disertaban sobre antigüedades de Ronda, proponiéndose escribir juntos algunos libros.

También nuestro médico sostuvo larga y cariñosa correspondencia con el eruditísimo Nicolás Antonio, Consejero de Cruzada y autor de la más notable obra sobre *Escritores españoles* que se ha publicado (1). Nicolás Antonio falleció en la primavera de 1684.

Campos realizó curas importantísimas en enfermos desahuciados, salvando de muerte que se consideró segura á personas de gran importancia, lo cual dió como consecuencia que su fama se extendiese, salvando los límites de la provincia, llegando á la capital de España.

Reinaba entonces Carlos II, y era primer Ministro D. Fernando de Valenzuela, originario de noble familia rondeña y, según concienzudo escritor, también nacido en Ronda. Acaso por conducto de este político supo S. M. el acierto y talento del Dr. Campos.

Lo cierto es que no vaciló el Rey en llamarle á la Corte *para cierta curación*, que los biógrafos no detallan. Campos obedeció las órdenes de S. M. y se personó en la Corte. La suerte lo favoreció, y el enfermo asistido por el insigne médico rondeño, sanó á vista de los médicos regios (2).

Esta curación dió á Campos gran crédito, y le hubiese sido de provecho infinito si su amor á Ronda y el cariño á sus hijos y nietos no le hu-

(1) *Bibliotheca Hispana Vetus et Nova.*

(2) Este caso se cita por Rivera en su *Carta á D. Cristóbal de Medina Conde*, pág. 30, edición de 1767.

biesen hecho volver al hogar deseado, renunciando honores y preeminencias.

En 1670 sufrió Campos una pérdida en extremo dolorosa. La compañera de su vida, la ya citada doña Isabel de Rivas Ossorio, murió en 12 de julio de este año.

Razón tiene el vulgo al asegurar que las penas nunca vienen solas, pues apenas había transcurrido un año cuando la muerte se cernió de nuevo sobre aquella casa, arrebatando á Campos otro pedazo de su alma.

El 17 de julio de 1671 su joven hija Eufemia, soltera, moría en los brazos de su padre.

Desde entonces, horas de tristeza le arrebataron toda clase de satisfacciones, y sólo hallaba consuelo en las caricias de su hijo Gregorio, cuando en 26 de junio de 1678, en días de terrible epidemia, vió morir también á éste, estrellándose los recursos de la ciencia y la sabiduría del médico ante los designios indiscutibles del Altísimo, que acató con admirable resignación.

El corazón de D. Juan Antonio de Campos albergaba tesoros de caridad, y se afanaba por dispensar protección al desvalido. Rivera y Valenzuela cita un caso que no podemos olvidar en esta biografía.

Una tarde salió Campos de paseo por el ameno paraje donde estaban edificados los molinos de harina. Distráido se hallaba en admirar aquel delicioso panorama, cuando vió subir la cuesta á un muchacho conduciendo un jumento cargado de costales. Se fijó en el zagal, y lo vió embebido en la lectura de un libro que parecía estudiar. Lo llamó Campos, y el muchacho acudió sin dejar de leer.

Le preguntó por su nombre y por el de sus pa-

dres; mas el chico ni le respondió, ni se destocaba la raída montera, ni se preocupaba de otra cosa que de su libro, que resultó ser una cartilla.

En vez de disgustar esta falta de respeto al Campos, ni de reconvenir al muchacho, le hizo pensar aquella afición al estudio, y en toda la tarde no se separó de su pensamiento el recuerdo de aquel niño.

Al llegar á su casa, el doctor hizo averiguaciones para saber quién fuese, y se enteró de sus padres y del estado de miseria en que se hallaban, sus infelices, á los cuales socorrió.

Llevó al zagal á su casa, le dió hospedaje, le vistió y empezó á costearle los estudios.

No se había equivocado el sabio Galeno; aquel niño era una esperanza, una joya que necesitaba pulirse, y que se habría perdido sin su inteligente perspicacia.

Lo envió al Seminario de Málaga, le proporcionó congrua y medios para ordenarse, y lo vió convertido en sacerdote, tan piadoso como buen teólogo.

Obtuvo un Beneficio de la ciudad de Ronda y sus méritos le llevaron á una catedral, donde ocupó plaza de Canónigo. Tan deseado puesto no fué el mejor de su carrera, pues el protegido de Campos se vió un día nombrado Obispo, aunque no llegó á tomar posesión de la diócesis, por fallecer en el período que medió entre el nombramiento y el día en que debía haber tomado posesión de la mitra.

Este caso nos recuerda el ocurrido años después al Magistral de Málaga Sr. Ibáñez, adivinando y protegiendo á aquel niño vendedor de boqueros, que había de ser un día uno de los prelados

más ilustres de España, gloria de la diócesis de Cádiz (1).

Entregado al estudio de la Historia y de la Medicina, continuó en Ronda el Dr. Campos. También parece era aficionado al arte de Apeles, uniendo de este modo ciencias, letras y artes en ferviente culto.

Su hijo Juan Jerónimo de Campos había contraído matrimonio, dando al doctor nietos y nietas. Una de ellas abrazó el estado de religiosa en un convento de dominicas.

El 4 de noviembre de 1691 falleció en Ronda don Juan Antonio de Campos, dejando memoria exenta de odios y llorando su pérdida el pueblo de Ronda, como igualmente la Medicina, que le consideró como esclarecido sacerdote.

Copiamos á continuación un soneto que años antes le dedicó un ingenio, soneto gongorino con sus pretensiones de acróstico y faltas de sintaxis y ortografía.

D Docta admiración son tus pinceles,
O ¡Oh, de tu patria generoso Atlante!;
N Numerados en globos de diamante
J Justa veneración les rinde Apeles.
U Usurpados de Phydias los cinceles
A A tu pluma se advierten elegante.
N No dudes que de Dapne el claro amante
D Dé á tu frente diadema de laureles.
C Con el claro esplendor de tu renombre
A Alumbre á este hemisferio altiva llama.
N Nunca el Letheo apague tu memoria.
P Por inmortal edad goce tu nombre
O Obelisco en los templos de la fama
z Sonando en triunfos de perenne gloria.

(1) El niño á quien nos referimos fué el Ilmo. Sr. D. Lorenzo Armengual de la Mota, pescador nacido en el barrio del Perchel,

Llombart, en su *Oda á la Medicina Española*, cita el nombre de Campos al lado de otras inolvidables eminencias.

II

Nos toca ocuparnos ahora de las obras sobre Medicina escritas por Campos; unas, que han podido leerse y apreciarse, y otras respecto á las cuales sólo tenemos la noticia de que se escribieron.

Debió ser la primera obra médica que escribió la impresa en Antequera en 1633, que tituló:

Discursus medicus super cognocendis signis seu symptomatibus corporis humani quod suspicatur mortuum ex venereo, utrum, et datum au vero ingenuum et natum.

Rivera traduce este título: *Propias señales, si las hay de venereo dativo, para luz de jueces, en procedimientos contra presuntos agresores y luz á médicos y cirujanos en sus declaraciones.*

Fernández Morejón, en su *Historia bibliográfica de la Medicina Española* (1), se ocupa de esta obra y de Campos, el cual indica como médico titular de Aranda del Duero y después de Málaga, datos que ya hemos citado.

Ocupándose del libro, dice:

«Ventila el autor en esta obra uno de los puntos más interesantes de la Medicina legal. Campos era de opinión de que los médicos debían ser muy

que ocupó importantes obispados y fundó iglesias y patronatos, alguno de los cuales subsiste aún, pues de sus fondos se dotan anualmente doncellas y se socorren numerosos pobres de la parroquia malagueña de San Pedro y Nuestra Señora del Carmen.

(1) Tomo V, pág. 263.

circunspectos en declarar que un hombre había muerto de veneno, aun cuando viesen en el cadáver las señales de un tósigo, porque había ciertas substancias venenosas que se podían desarrollar dentro del cuerpo y causar la muerte.

Aseguraba que no había signos que distinguiesen el veneno *dativo* del *nativo*, esto es, que ni durante la vida ni después de la muerte podía el médico afirmar que un hombre hubiese tomado veneno, porque los síntomas y signos que se presentaran á su vista podían ser efecto de la cualidad venenosa de una enfermedad desarrollada espontáneamente».

Esta opinión, seguida por muchos Galenos, que no carecía de fundamento más ó menos artificioso, la rebatió en largos discursos, llenos de erudición y ciencia, el sabio Dr. Juan Bautista Bataller.

El libro de Campos está perfectamente escrito, y el más escrupuloso latino escasas objeciones podría hacer al trabajo magistral del eminente rondeño.

Esta obra impresa existe de D. Juan Antonio de Campos, aunque ignoramos el año y población. Está redactada en castellano y se denomina:

De si sea acción natural arrojar sangre el cadáver de muerte violenta en presencia del agresor.

Indudablemente obedeció esta obra á un caso extraño, ocurrido por entonces, que dió tema á reñidas discusiones en que tomaron parte no sólo diversos médicos de la región andaluza, sino profundos teólogos. La teoría era atrevida y difícil para sus mantenedores, entre los cuales se contó algún ilustre antequerano.

No hemos podido hallar la obra del Dr. Campos, que Nicolás Antonio no cita, y omite tam-

bién Fernández Morejón en su ya citada *Historia de la Medicina*. Nos es, por tanto, imposible saber si Campos era de los que sostenían que era acción natural arrojar sangre el cadáver de muerte violenta en presencia del agresor, ó de los que negaban esa *naturalidad*.

Una de las obras que á la muerte de Campos quedaron inéditas, y que tampoco se ha publicado después, se titulaba: *Daños y provechos del uso de la nieve en los enfermos*.

Este manuscrito discutía un tema que vino afirmándose y rebatiéndose durante los siglos xvii y xviii. En este en que vivimos aquella cuestión parece resuelta, y el uso de la nieve se considera de grandes ventajas para ciertas clases de enfermedades; se usa en los Hospitales, y la Medicina legal ha debido á este uso la salvación de muchas heridas, evitando especialmente la peritonitis en las lesiones de los intestinos.

La última de las obras médicas de Campos Naranjo, la denominó:

Desengaño de la errada opinión de la observación de la luna y otros astros para el uso de la purga y sangría y contra astrólogos judicarios.

Tampoco esta obra se llegó á imprimir, ni su manuscrito se conserva, pues aunque en la *Biblioteca Nacional* existe uno de título casi idéntico, es de fecha posterior y se comprueba no fué escrito por el médico rondeño, según ilustrado auxiliar de aquel Archivo aseguró á persona que tomaba apuntes para la historia de la Medicina en Andalucía.

Era entonces creencia muy general, no desterrada aún por los campesinos de ciertas regiones, que la luna tiene grandes influencias para la curación de muchas enfermedades y para el uso oportuno de la sangría y de los purgantes.

Hubo en el siglo xvii médicos que á todo trance sostuvieron esta opinión.

III

En el curso de este trabajo hemos indicado las aficiones históricas de Juan Antonio de Campos Naranjo, nacidas ó aumentadas durante el curso de su amistad con el escritor Macario Fariñas del Corral, quien le proporcionó sus manuscritos.

Campos Naranjo se propuso escribir la historia de Ronda, y la escribió. Acaso sus investigaciones, sus horas de estudio, sirvieran después á otros para engalanarse con plumas de pavo real, presentando trabajos históricos, que no eran otra cosa que las noticias acumuladas por Fariñas y Campos.

Según Rivera, en su carta á Medina Conde, se tituló *Compendio Historial*. Ni el más leve dato se tiene sobre el paradero de estos curiosos apuntes. No ha faltado quien considere como obra de Campos, algunas interesantes Memorias que por Ronda corrieron manuscritas, mas esta opinión se desvanece con facilidad. Basta sólo considerar que en ellas se dedicaban elogios á Campos Naranjo, que no es verosímil se escribiese éstos á sí mismo, y á la vez sus datos biográficos resultaban incompletos, muy incompletos, sin poder precisar

fechas, ni de nacimiento, ni de impresión de sus libros siquiera.

Campos Naranjo escribió la *Historia de Ronda*, pero su manuscrito se extravió ó sirvió para ser aprovechado por algún intruso de las letras, explotador del trabajo ajeno.

IV

Juan de Viana Mentezano.

Entre los médicos que en la ciudad del Gibralfaro ejercieron con no escaso renombre la Medicina, figura en los primeros lugares Juan de Viana (ó Biana).

Por malagueño se le tuvo; pero no fué así, pues en su libro *Tratado de la Peste* confiesa, al folio 46, haber nacido en Jaén, aunque pocos años debió residir en su ciudad natal. Hizo sus estudios en Granada, y era todavía joven cuando ya se hallaba ejerciendo la profesión en Málaga. Asistió con verdadera solicitud y caridad á los epidemizados en 1637 y repitió el cumplimiento de su sacerdocio en la de 1649. En las descripciones que de una y otra epidemia hemos leído se le cita con elogio. En un empadronamiento de 1645 resulta viviendo en la feligresía de los Santos Mártires.

De las obras que escribió tenemos noticias, si no de todas, de la mayoría, y algunas de ellas hemos podido repasar, ateniéndonos en otras á las opiniones de Fernández Morejón y Chinchilla.

Citaremos las siguientes:

I. *Antidotum fasciculi aromatorum in subsidium puerperarum, ubi agitur de odore, de utero suffocatione, et obiter multæ quæstiones exagitantur, que in indice continentur.*

Se imprimió esta obra en Málaga, en 4.º, el año 1636, por el impresor Juan Serrano de Vargas.

Viana la dedicó al ilustre prelado de la silla

malacitana Fr. Antonio Henriquez, elevado pocos años después al arzobispado de Zaragoza.

Fernández Morejón la critica, juzgándola como triste prueba del mal gusto de la época, sin detallar su contenido.

II. *Tratado de la Peste, sus causas y curación; y el modo que se ha tenido de curar las secas y carbuncos pestilentes, que han oprimido á esta ciudad de Málaga en este año de 1637. Trátanse muchas dificultades tocante á su precaución y curación, que se verán en el Indice al fin de este Tratado. Dedicado á los médicos del Protomedicato y Cámara del Rey Don Felipe IV. Málaga, por Juan Serrano de Vargas, 1637.*

En 4.º

Se cita otra edición del mismo libro, hecha en Lisboa el mismo año, que es rarísima.

Contiene datos históricos importantes, pues asegura que murieron más de 20.000 personas, poco más ó menos, por entender que el número fijo era imposible saberse. Este cálculo es más verosímil, dada la población que entonces tenía Málaga, que no el sustentado por Villalba en su *Epidemiología Española* (tomo II, pág. 36), que hace subir el número de muertos apestados al de 40.000; apoyándose en un dictamen del Dr. Bernardo Francisco de Acevedo. Hubo día en que murieron 300 personas, y muchos 200.

Agrega después:

«Y aunque estos desdichados efectos yo los temí, y movido de la obligación de mi conciencia y oficio, los anuncié y previne, porque advertidos fuesen menores, no persuadiéndose á lo que tan mal les estaba, unos no lo creyeron, otros lo despreciaron y muchos, mal aconsejados de los médicos

que los curan, no se persuadieron á que del mal trigo, que comían, les había de resultar la muerte, que miserablemente después padecieron. Y aunque el desgraciado suceso desempeñó bastante lo que dije (que nunca desempeñara), he querido acreditar aquella proposición, con el discurso y fundamentos que en este tratado pongo para los que la oyeron, que fueron muchos, viendo que la sujeto á la censura de los maestros y padres que la medicina tiene en España y toda la Europa, crean por fuerza, por más que su ignorancia lo resista, que lo que entonces digo tiene fundamentos sólidos en la verdad de la filosofía y medicina, y otra vez no se crean de quien cura más á lo alegre que á lo provechoso, más con artificio que ciencia; sino den lugar á quien (dejados aparte particulares intereses, que nunca faltan en estas ocasiones) prefiere el bien común á comodidades propias. Muéveme á esto no sólo el sentimiento de que de un yerro y mal consejo hayan resultado tantas lástimas y desgracias como en esta ciudad se han experimentado y visto, sino el deseo de que otra vez se estorven, no comprando este trigo que tan de ordinario traen los extranjeros á este puerto y los demás de España.

Y si muchos forzados del hambre á comer este trigo fueron muertos con calenturas podridas y pestilentes, ó lleno de sarna y lepra, ¿qué nos espantamos que de presente tengamos la peste, que por nuestros pecados tenemos? Pues con hambre de dos años fueron forzados muchos á comer trigos muy añejos que vinieron por la mar; y un trigo que había estado once días debajo del agua, que no sólo estaba hinchado, como dice Galeno, sino hinchado, rebentado y hediendo á acedo; y no sólo

los pobres le comieron, sino todo el lugar, porque los panaderos lo mezclaban con otro trigo, y nos lo vendían por bueno, y para más bien disimularlo le echaban matalahuga; y hoy dicen que hay personas de tan poca conciencia, que guardan de este trigo para mezclar con otro, y con eso hacer sus vendimias; mas que mucho si hoy es médico de la junta el que esté abonado el trigo, que no sé con qué conciencia declararon él y otro, que se podían vender estos trigos, porque decían se podían lavar, enjugar y moler, y que el pan que de tal trigo resultara, no dañaría á los que le comiesen, y después de amasado el pan y lleno de matalahuga, hedía muy bien; aunque uno de los dichos médicos debía de estar romadizo, pues daba bocados de él delante de mucha gente, diciendo que era muy bueno, y que se podía comer sin que hiciese daño á la salud, y muchos por eso lo llevaron á su casa. Y cierto muy buena filosofía sabía el que pensaba que la corrupción que tenía el trigo, la podía perder con lavarlo: porque si ser el pan contrario á nuestra naturaleza, mediante la corrupción, provenía de haber perdido la templanza familiar, por haberse separado el humido del seco, por defecto del calor natural, que era el que conservaba aquella buena mistión, con la lavación se le consumía más el calor natural, y con la lavación se separaban más bien las partes húmidas de las secas, pues las partes húmidas que físicamente estaban separadas, por defecto de la unión, aunque mezcladas *secundum minutissimas* partes con mistión imperfecta, perdían también esta imperfecta mistión, y mezclándose las partes húmidas que constituyen la mistión, con el agua con que se lavaba el trigo, se apartaban localmente, y venía á que-

dar el trigo más contrario á nuestra naturaleza: porque lo que es familiar, mientras más pierde de su sustancia, queda más contrario: y si siendo más contrario hiede menos, es porque no pueden venir al olfato tantos vapores, porque tiene menos calor que levante, y menos humedad que sea levantada, y eso es señal de más contrariedad con nuestra naturaleza, y no de más familiaridad, como piensan.

Y aunque este trigo bastaba para causar cuanto daño tenemos, los médicos para tapar sus yerros, echan toda la culpa á un extranjero, como si el extranjero pudiera causar tanto daño como ha causado en tan breve tiempo, aunque trajera cien landres si no hallara la disposición que halló; y como si el trigo solo no bastara para causar todo el daño que tenemos por estar los cuerpos con la malicia del alimento aptos para podrecerse. Luego si los cuerpos no estuviesen llenos de estos malos humores, por razón de este mal trigo, no pudiera, aunque viniera el apestado, causar tanto daño, porque aunque el apestado tuviera aptitud para comunicar su contagio, y se aproximara á nosotros, si no tuviéramos aptitud para recibir el daño no lo recibiríamos. Y si de suyo el trigo era malo, y podía causar peste sin ayuda de vecinos, como lo digo á todos en el lugar dos meses antes que viniera, porque vi enjugar el trigo por las puertas y plazas de los arrabales, y en algunos patios de la ciudad: luego estos médicos lo que declararon fué con malicia ó con ignorancia; si con malicia, según el daño que hicieron, no hay castigo que venga adecuado, si con ignorancia, están justamente premiados.

Chinchilla, en el tomo II de sus *Anales históri-*

cos de la Medicina, agrega, ocupándose de esta obra:

«El autor trata en seguida de los daños y enfermedades que pueden desarrollar las seis cosas llamadas no naturales, cuando no tienen todas las circunstancias higiénicas que les son propias y naturales.

• Pasa después á tratar de los síntomas, diagnóstico y curación de la peste. Nada en esta parte nos dice en particular.

• Hace una ligera descripción topográfica de Málaga; habla de los vientos que en ella dominan con frecuencia, y dice que el poniente apenas de cincuenta días reinaba uno, y el levante casi siempre. Fundado en estos motivos asegura que los hospitales deben establecerse en Málaga hacia el poniente (pág. 35).

En el capítulo que dedica á la preservación de la peste, refiere una observación muy curiosa, que quiero conozcan mis lectores:

• Y para que más bien conste ser esto así, contaré un caso que me sucedió en la ciudad de Jaén, adonde nació. Una señora de Jaén, mujer del doctor Fleilas, médico tan conocido en Andalucía por sus muchas letras, arrojaba por las traspiración de las arterias fuego actual; y así su marido me llevó á verla por cosa rara. Esta señora era de buen entendimiento, aguda, enjuta, un poco morena, y siempre andaba con los excrementos cotidianos endurecidos. Esta, pues, se quitaba el mantehuelo que traía debajo apegado á la camisa, y dándole al mantehuelo el aire fresco, por veinte mil partes se encendía, de suerte que daba luz, y este encendido era con ruido, como si se encendieran muchos granos de pólvora, cada uno de por sí,

Y preguntándome el doctor la causa (que por ello me llevó á que la viera) le respondí, que aquella señora era de temperamento muy caliente, y que en ella había escrementos tan ígneos y tan tenues, que por su tenuidad ni quemaban interiormente, ni se velan, hasta que se encrasaban en el ambiente frío; porque eso sucedía más en invierno. Contentóle la respuesta, y la confirmó diciendo, que los más días estaba necesitada de atemperarse con unos baños de agua muy templada, y me enseñó un tinajón que tenía debajo de la cama.

«Al criticar la opinión de aquellos que juzgaban ser el arsénico el mejor antídoto contra la peste, se ve en el caso de dar razón de los estragos que producía en aquéllos que lo llevaban metido en un saquito pendiente del cuello, ó bajo de los sobacos. Al efecto trata de su absorción y llegada al corazón por conducto de las arterias: habla de su distribución, de las *válvulas*, de la *sangre arterial*: de los espíritus vitales que saliendo del corazón no vuelven á él, como lo hace la sangre por la vena cava, que tiene al contrario las válvulas, pues salen de la parte de afuera y terminan en la de adentro (pág. 54)».

Termina Chinchilla su artículo sobre Viana, diciendo que cuando Viana escribía ya sobre la circulación de la sangre, Harteo estudiaba todavía las primeras letras. Agrega que la obra del médico de Málaga, *es de lo mejor que se escribió en su tiempo*.

III. *Relación de la enfermedad que tuvo mi Señora la Marquesa de Quintana, satisfaciendo lo que ha escrito el Dr. Castillo y Ochoa, médico de Granada.*

Este folleto no tiene año ni lugar de impresión, pero debió imprimirse en Málaga.

Esta Marquesa de Quintana, ilustre dama de la corte de Felipe IV, madre del Obispo de Málaga Fray Alonso de Santo Tomás, fué muy discutida en su época y á ella se refieren aquellas famosas cartas de su hijo, en que la defiende de las murmuraciones que se arraigaron en la corte, suponiéndola en amores con el Monarca, siendo el fruto de ellos el repetido Fray Alonso, que nació en Vélez á raíz de venirse de Madrid la aristocrática dama.

Viana en su obra detalla la enfermedad que padeció la Marquesa, que asegura no fué otra en los primeros días que un dolor de cólico. A pesar de haberla sangrado, dándole anodinos y calmantes, el mal no cedía, por lo cual la envió á los baños de Alhama de Granada, donde no halló alivio y donde la visitó el Dr. Castillo y Ochoa, quien no convino con el diagnóstico del mal. La Marquesa se fué á Granada, por consejo del Dr. Castillo, quien la volvió á sangrar, y cuando la creía mejor, falleció, originándose reñidas polémicas entre Castillo y Viana.

El primero escribió un libro exponiendo sus opiniones, al que Viana contestó, saliendo á la lid pública el Dr. Pedro de Soto, combatiendo también al médico de Málaga.

Llegó la epidemia de 1649 y Viana se distinguió en ella, visitando sin descanso á los enfermos, aconsejando medios para detener el mal y mereciendo la pública admiración. Mas aquella solicitud la pagó con su vida, y así consta en las descripciones de dicha epidemia. Serrano de Vargas, en su *Anacardina Espiritual*, de la que poseo un ejemplar manuscrito, indica que Juan de Viana estuvo al frente del Hospital de Santa Ana, muriendo del contagio (folio 37).

El poeta Andrés Hidalgo Bourman escribió un poema descriptivo de la epidemia, que imprimiéndose al año siguiente, y en el mismo dedicó un recuerdo á Viana en las siguientes gongorinas octavas reales:

Aquel Villavicencio tuvo solo
á un tiempo, en la ciudad tres mil heridos,
por ser en curas venturoso Apolo,
y en la otra peste, de los escogidos.
Curó *Viana* y Torres, que á otro polo
han de volar sus hechos aplaudidos,
lució también Juan Cano sus cuidados,
los cuatro en Cirugía licenciados.

—
Yace, en primero polvo reducido,
el Doctor Villarreal, nuevo Agijento,
porque el morbo pestífero, atrevido,
quiso vencerle, por quedar exento.
Murió *Juan de Viana*, el aplaudido,
que á escritos vinculó su entendimiento,
que de ver tanto horror, á este Avicena,
el corazón se le murió de pena.

El Dr. Jiménez de Savariego.

Algún historiador de la provincia de Málaga, al ocuparse de este ilustre sacerdote de la ciencia y escritor, le asignó como patria la ciudad de Antequera, pero no sólo Fernando Morejón, en su *Historia Bibliográfica de la Medicina Española*, echa por tierra esta creencia, sino que nuevas investigaciones afirman su verdadera patria, y si se le creyó hijo de Antequera, fué porque en aquella población residió muchos años ejerciendo su carrera. El erudito Rodríguez Marín, en la pág. 9 de su magnífica obra *Pedro Espinosa*, se lamenta también de que á no pocos hombres ilustres se estimó como antequeranos, no siéndolos, y cita en este caso á Espinosa, Galvez de Montalvo, Barahona de Soto, el Maestro Aguilar, Mohedano, Solano de Luque y al mismo Jiménez de Savariego.

Juan Jiménez de Savariego nació en Ronda, hacia el año 1568, en época en que aquella serranía hallábase sujeta á sangrientas revueltas, provocadas por los marinos que habitaban en los numerosos pueblos que cercan á la ciudad del Tajo.

Muy joven aún debió marchar á Granada, en cuyas aulas universitarias, famosas por Catedráticos y discípulos, estudió la Ciencia médica con aprovechamiento.

Vacante por entonces una plaza de médico titu-

lar de Antequera, aspiró á ella, consiguiéndola y desempeñando su profesión con el aplauso de todos.

En el año 1599 una terrible epidemia, que introduciéndose por Santander, extendió sus dolorosos efectos hasta Andalucía, preocupaba la atención de los médicos. Los Dres. Juan de Saavedra y Francisco Sánchez de Oropesa habían publicado sus opiniones contrarias á que dicho mal fuese peste bubónica.

Savariego consideró perjudiciales estas ideas, que se encaminaban á evitar ciertas medidas de preservación y entonces dió á luz su obra más conocida, que se titula:

Tratado de la peste, donde se contienen las causas, preservación y cura, con algunas cuestiones curiosas á este propósito.

La imprimió en Antequera, en 1602, en la oficina de Claudio Rolán, aquel andariego impresor, que dos años después residió en Málaga, dando á luz la notable *Historia Eclesiástica*, del antequerano D. Francisco de Padilla, Canónigo de la Catedral malagueña.

En la dedicatoria revela el espíritu de oposición á Saavedra y Oropesa, que inspiraba su obra, y agrega: «Pero por este papel no pretendo agraviar á nadie, ni en hecho ni en pensamiento. No quise disimular contra quién escribo, antes al principio lo declaro, porque mi intento es aprender y apurar puntos de mi facultad. Y con la contradicción manifiesta incito á los de la contraria opinión á que investiguen razones, que aclaren y descubran la verdad».

Un eminente biógrafo y bibliógrafo, al ocuparse de esta obra, le concede importancia en la histo-

ria de la Medicina y escribe extensamente sobre ella, lo cual nos hace reproducir algunos de sus párrafos. Hélos aquí:

«Sin embargo, penetrado Jiménez Savariego, como Mercado, que las disputas de los médicos sobre si la enfermedad bubonaria era peste ó no y si traía contagio, ó si carecía de él, producía tantos daños como la peste misma, se dirigía á los Gobernadores de los pueblos, diciéndoles que no acudiesen á los médicos sobre este punto, ni creyesen á nadie, sino á sus sentidos, que no los engañarían y que viendo por éstos que un enfermo tenía secas y bubones con calentura continua, que se pegaba á otras personas que los asistían y que morían la mayor parte, creyeran por cierto que la tal dolencia era peste. (Cap. II)».

«De suerte que Savariego fué uno de los primeros médicos que en Europa fijaron el verdadero sentido de la peste, para que no se confundiese con otras enfermedades, llamadas tales sin más razón que la de invadir y matar á muchos. Con este motivo establece las diferencias entre las afecciones epidémicas y las esporádicas. Desde el capítulo 5.º al 15, se ocupa el autor de la índole del contagio, prueba que toda enfermedad pestilente es contagiosa; habla de sus causas, del vehículo por donde se comunica y de qué manera se puede corromper el aire. En los capítulos 14, 15 y 16 expone las causas de la peste y su diferencia, y en los 17 hasta el 20 reflexiona sobre las causas que dan al aire carácter pestilencial, el modo de comunicarlo á los cuerpos, cómo las influencias no obran de una misma manera en todas partes, y por último, qué causas sean las que pueden contener la virtud contagiosa comunicada por el mismo aire».

«En el capítulo 21 se muestra el autor muy contrario á las opiniones de los *médicos astrólogos*, diciendo que no eran las constelaciones ni configuración de estrellas las que nos enviaban la peste, ni había causa en el cielo que las hubiese ocasionado, sino el descuido con el trato de las gentes que las padecían y la codicia de las ganancias. En los capítulos siguientes recomienda la circunspección en el uso de las sangrías y purgas; al hablar del método curativo aconseja que, cuando aparecieren los bubones, se sangrase de la vena más cercana al sitio donde se presentasen, si detrás de la oreja, en la cefálica del brazo de su lado, si debajo del brazo de la área del mismo brazo, si en las ingles, del tobillo y así de las demás partes, excepto en las mujeres paridas ó encinta, en quienes no quería que se administrase más que los alexifarmáceos y la dieta. (Cap. XXX).»

«Hablando de los medios preservativos, trae esta obra algunas máximas muy buenas de Higiene, pero con respecto á otros medios de curación presenta el autor todo el resabio y mal gusto de su tiempo, como por ejemplo, la creencia en la *virtud* de la uña de la gran bestia, el unicornio y otras cosas de este tenor. Con respecto á los remedios tópicos en la cura de los bubones, era de parecer que se emplearan los emolientes y calmantes, y algunas veces los supurativos.»

«Esta obra, en fin, es una mezcla de máximas importantes y ridiculeces, dignas las unas de estudiarse y las otras de leerse por curiosidad. Su crítica, con respecto á los autores que impugna, es prudente y respetuosa; si bien se muestra algunas veces duro con los ignorantes y obcecados, llamándoles hipócritas en vez de Hipócrates, y la-

mentándose de los daños que estos hombres son capaces de hacer á las repúblicas en tiempos de peste, pues en vez de poner los medios para cortar el daño de raíz, veían impávidos arder las ciudades y sacaban todavía los libros para ver si lo era ó no».

No es de extrañar algunas reflexiones que informan este libro, hijas de la época y que prueban la fe religiosa del autor.

Jiménez Savariego fué dándose á conocer entre los escritores españoles y logró un puesto de Protomédico de las Galeras de España, sirviendo al lado del Adelantado Mayor de Castilla, D. Martín de Padilla, quien le estimó mucho y le dispensó siempre su protección. A este ilustre Mecenaz dedicó uno de sus libros. Se le supone, por uno de sus biógrafos, como el autor del famoso *Comento de la Filosofia de las armas de Gerónimo de Carranza*.

En el prólogo de su *Tratado de la Peste* anunciaba otras varias obras, que en 1602 tenía ya escritas. ¿Cuáles fueron éstas? No ha sido posible á nuestras repetidas investigaciones en la Biblioteca Nacional y en otros Centros encontrar rastro alguno.

En la *Biblioteca Nova*, del célebre Nicolás Antonio, hallamos solamente ligeros datos sobre dos de ellas.

Son éstas las siguientes:

I. *De curatione puerorum*. No cita si se imprimió.

II. *De variolis*.

Savariego debió volver á residir en Antequera, pero en sus Archivos parroquiales no hemos hallado datos sobre su muerte.

VI

Juan Gallego de la Serna.

Eminencia médica del siglo xvii, no sólo honra á Málaga, su ciudad natal, según él mismo declaró repetidas veces en sus obras, sino que es orgullo de España, que ha recordado sus méritos menos de lo que merecen.

Gallego de la Serna es una de esas figuras que se salen del marco común, llevando tras sí no sólo la aureola de la fama que en sus tiempos conquistó en España y Francia, sino la que se desprende de la profundidad de sus obras legadas á nuevas generaciones, que en ellas pueden aprender máximas nunca viejas. Es sólo de lamentar que sus obras no sean más conocidas y que no existan ediciones modernas que las haga fáciles de estudiar y de popularizarse.

D. Juan Gallego Benítez de la Serna debió nacer en nuestra ciudad en los últimos años del siglo xvi, pasando después á Valencia, donde estudió la Medicina.

Marchó á la Corte y bien pronto se dió á conocer entre sus compañeros como hombre de inteligencia superior, profundo en sus consejos, reflexivo en sus negocios y discreto en todas las consultas. Un escrito dice: «Este andaluz fué uno de los Profesores más eruditos y prácticos de su siglo. Poseía

el espíritu de Hipócrates y de los antiguos griegos y la sutileza de pronóstico de Galeno».

Felipe III, que tuvo ocasión de apreciar su ciencia, lo hizo médico de su Cámara y puso en él toda su confianza. Un caso especial le dió gran fama y le conquistó por completo el aprecio de los Reyes.

Mejor que relatarlo nosotros, es citar el hecho, tal como Gallego lo refirió en 1639, en una de sus obras.

Dice así:

«Es digno de eterna memoria y puede servir de estímulo á los jóvenes que se dedican al estudio de la Medicina, lo que me sucedió en Lutecia ó París el año 1619, siendo primer médico de Cámara de mi Augusta Sra. Ana de Austria, Reina de Francia, hija de Felipe III, Rey de España. Esta, pues, la más noble de todas las mujeres, se vió acometida de una fiebre tan aguda y maligna que desde su principio hizo su tiro á la cabeza, produciendo otros malos accidentes; de tal suerte, leves y ocultos al principio los de la cabeza por vapores, que sólo yo, por ser quien más la rødeaba y familiarizaba pude conocerlo, como también por la rubicundez de las venas de los ojos y la leve mudanza ó cambio de la voz, que parecía á la de los medio sordos. Por todo lo cual, yo mismo, en la primera consulta, no sólo expliqué la esencia de la enfermedad, sino que predije su malignidad y vaticiné el delirio, de suerte que el primer médico del Rey, como mofa, dijo: «tú haces antes de tiempo loca á la Reina». Supuesta la gravedad de la Reina, y por otra parte no había contraindicante, prescribí las sangrías. Pero el médico del Rey, que era tarde y muy temeroso para la prescripción de las sangrías, y otro médico italiano que estaba con nos-

otros en la consulta, no creyeron que la fiebre era maligna y si dijeron que era una efimera originada por alguna pasión de ánimo, de que se siguió el sumo desprecio de la sangría. Pero yo mismo, previsto el peligro, anuncié al Rey, con claridad, el daño que se seguiría de la omisión de la sangría, tanto para evitar el peligro á que se exponía la vida de su amada esposa, como por quedar exento de la culpa de que se me quisiera sobrecargar.

Esta franqueza, este aviso, obligó al Rey á llamar secretamente á un médico para que le dijese francamente lo que opinase sobre la naturaleza de aquella fiebre, quien aseguró que tenía á la enfermedad por cosa de poca entidad y producida por causa externa y que la inapetencia que se observaba en la augusta enferma era más bien efecto de su proterbia que de la fiebre; pero este médico cogió bien pronto el fruto de su conocida adulación; habiéndose exacerbado los síntomas en la tarde del mismo día, del modo que se exarcebaron, que no sólo los médicos, sino que también los circunstantes, pedían unánimes, á una vez, la sangría, y el mismo Rey, á mi presencia y á la de todos los médicos, dijo á la Reina: « hoy mismo por la mañana he sido engañado por cierto médico, que me ha asegurado que el mal era cosa de poca entidad, pero ahora esta circunstancia, esta unanimidad, me hace conocer su vehemencia y peligro ». Por lo cual fueron llamados otros cinco médicos muy doctos para consultar, y para que tanto la sangría como los demás auxilios que se prescribiesen se propinasen de un modo más acertado y adecuado. De tal modo se acrecentó el delirio y los demás síntomas funestos, que al noveno ó décimo día de su enfermedad se trataba nada menos

que de administrarla la unción; pero afortunadamente, al undécimo día, empezó á declinar la intensidad de la fiebre, hablaba menos y la orina presentaba indicios de una manifiesta cocción. En este día, pues, por la mañana, el único peligro que anunciaban al Rey, junto con la aparente debilidad, hizo que el Monarca presidiese una nueva consulta de médicos que mandó celebrar, á la que llevó consigo al Embajador español y gran comitiva de Grandes de su Reino, para que oyesen de viva voz el estado de la Soberana enferma. La presencia de tan gran Rey y tantos Príncipes hizo que cada uno de los médicos disputase tempestiva y prolijamente la esencia y pronóstico de la enfermedad, y como es consiguiente, la multitud consultante produjo la variedad de opiniones, pero entre todos (¡cosa rara!) el antigüísimo maestro de la Ciencia, el Doctísimo Durato, que era el hombre de más nota que se conocía en Francia, después de explicar y probar por todos los signos, y en particular, por la mala índole de la orina, que la enfermedad era pestilenta, sin rebozo y cara á cara dijo al Rey: «que su augusta esposa se moriría»; mandando, por último, que como á cuerpo medio muerto se la sangrase, cuya opinión adoptaron los demás que le siguieron en el orden de la palabra. Admirado quedé sobremanera de que un tan Docto y antiguo varón pronunciase con esta lijereza, cuando había yo conocido por la perpetua y continua asistencia de la enferma, por las indudables y continuas señales, que ya había triunfado de la enfermedad la naturaleza, y que no necesitaba ningún gran remedio, y sí, únicamente, de una reposición de sus lánguidas fuerzas, puesto que ya estaba la Reina en puerto de salvación.

Por lo que se me ocurrió aquel diálogo que tuvo Galeno, según cuentan, con Glacón y con cierto Sículo médico, en que nada intentaba buscar sino una ocasión de adquirir un gran crédito y fama para sí y para su facultad, y que en efecto, se la proporcionó la fortuna por el perfecto conocimiento que tenía de la parte del pronóstico: pues lo mismo me propuse yo hacer en presencia del Rey y demás personajes, de modo que cuando llegó á mí el turno para hablar, que era el penúltimo, indiqué brevemente la esencia, las señales propias y comunes del mal que ya había cesado y que estaba en los últimos de su total declinación, y que la Reina se hallaba en segurísimo puerto de su enfermedad y demostré con pruebas irrevocables que no necesitaba de ningún gran remedio, y dirigiendo la palabra al Rey le rogué que alejase de sí la tristeza que le había inducido el funesto vaticinio que se acababa de propalar, sucediendo la cosa tan felizmente que no hubo necesidad de nueva consulta de médicos.

En vista de lo cual, no sólo merecí una gran alabanza del Rey, con las palabras más cariñosas, sino que recibí de su Real mano una gran cantidad de riquezas. Por una sola vez me dió él mismo 2.000 florines y otros tantos la Reina, señalándome además, para el resto de mi vida, 800 florines anuales, que he disfrutado y disfruto en la actualidad.

Cuya historia me pareció oportuno referir para ver si consigo excitar á los jóvenes al estudio de la verdadera doctrina de Hipócrates y Galeno, y que consigan por este medio la verdadera y permanente reputación y no la aparente y pasajera que se adquiere con sofismas. Los médicos son

buscados para que expliquen la facultad y la formalidad de las cosas».

Nombrado Gallego de la Serna Protomédico general, desempeñó bien su cargo y se le confrieron nuevos honores.

Citaremos ahora sus obras conocidas.

I. *Joannis Gallego de la Serna, Malachensis catholicorum Filii III et IV Hispaniarum regum archiatri necnon Cristianissimæ Galorum Reginae primarii quodam medici: Oper. física médica et ethica in quinque tractatibus comprehensa*, León por Jacobo y Pedro Prost, hermanos, 1634. En folio.

Lleva la aprobación de los Dres. Gutiérrez, Sorlzano y Celador, y una dedicatoria al Rey Felipe IV.

Se divide en cinco Tratados, que son :

1.º *Agit de principis generationis omnium viventium.*

2.º *De conseroatione infantis in estero, de bono et malo pariendi modo, et de summo naturæ artificio quod seruat in partu, nec no de obetricis officio.*

3.º *De communi puerorum educandi ratione inscriptus ethica puerorum.*

4.º *De puerorum alendi ratione et sanilate tuenda quim et de calculi et epilepsiæ precautionæ et curatione.*

5.º *De octiomis redis educandi ratione.*

«Esta obra, en la que el autor sigue las doctrinas filosóficas de Aristóteles y las médicas de Galeno, es una de las más científicas en su clase, según las ideas del siglo en que se escribió, que aun cuando nos parezcan de insignificante precio, contienen, sin embargo, una gran erudición y un fondo de sabiduría dignos de envidiarse.

Si en la obra de Alfonso de Carranza se nos presenta la antigua Legislación y la historia filosófica sobre los fetos viables, los delitos de aborto, etc., en ésta de la Serna se analizan todos los puntos de la generación tan minuciosamente, que unida á la de aquel sabio jurisconsulto, forman ambas un cuerpo de doctrina filosofico-médico-legal, que en vano buscaríamos entre las obras extranjeras de su época otra de un mérito semejante. En efecto, La Serna principia en su Tratado primero exponiendo el modo de efectuarse la generación humana, comparándola con la de los demás animales y presentando las diferencias y desemejanzas que existen entre las de los ovíparos y vivíparos, y las de las plantas; vislumbra que existe en el semen prolífico un espíritu de vida indispensable para la formación de un nuevo individuo, en un todo semejante á la esencia del ser de quien procede; investiga la causa de todos los fenómenos de la generación y la de la inconstancia que se observa ya en las generaciones extrauterinas, ya en los partos de cuatro, seis, ocho y más meses, y por último, no deja cuestión que no ventile, ni circunstancias individuales de que no se haga cargo, mientras que Carranza, siguiendo el mismo objeto, aunque por distinto rumbo, resuelve las historias de los primeros tiempos, nos presenta extensamente la filosofía natural de la generación y nos abre los libros de la generación y la legislación de todas las épocas.

La Serna, en su segundo Tratado *de la conservación del feto* en el útero, nos habla admirablemente del modo cómo se efectúa la gestación, hasta el tiempo prescrito en que los esfuerzos de la naturaleza dan á luz al que ya es apto para recibir las impresiones del mundo exterior. El capítu-

lo de *naturae miraculis* es digno de estudiarse, por lo bien que nos pinta el prodigioso fenómeno del parto y de los recursos de la naturaleza para haber de efectuarlo.

Concluye el autor este Tratado haciendo ver la ignorancia de las parteras y cuán interesado está el Gobierno y la humanidad, no sólo en que estas mujeres recibieran una instrucción suficiente para que ejercieran cumplidamente el arte, sino que se escogieran las de buena moralidad y que no fuesen estériles.

También Carranza, al hablar del *parto*, si bien no presenta como La Serna una serie de doctrinas médicas que no eran de su objeto ni de su profesión, nos demuestra el crimen y las penas determinadas por las leyes á las que suponían estar embarazadas, á las comadres y cirujanos que fuesen sus cómplices, á los que procurasen el aborto, y siempre con la historia y las leyes en las manos, nos dejó consignado cuanto de interés y curioso faltara á las obras puramente médicas.

Se ocupa luego La Serna, en el tercer Tratado, *de las enfermedades de los niños*, principalmente de los cálculos y epilepsias, de sus medios profilácticos y curativos, de la lactancia y calidad de la leche, sin olvidarse de las interesantes circunstancias que debe tener una buena nodriza. Al hablar de éstas, examina qué provechos ó qué males podrían resultar á los infantes lactándolos con leche de mujeres negras en vez de blancas, ó lo que es lo mismo, cuál de los dos colores es preferible en una nodriza. El autor presenta las doctrinas de Aristóteles y Avisena, como igualmente la suya, dimanada de su propia experiencia.

El cuarto Tratado de la obra es de sumo interés;

versa sobre la educación de los niños, sobre esa segunda naturaleza que recibe el hombre tan difícil de inculcar como indispensable para formar buenos ciudadanos: aquí La Serna, ostenta sus conocimientos fisiológicos bajo un punto de vista admirable; retrata muy bien las pasiones y vicios de los hombres, esas enfermedades del alma, para valerme de la expresión de un sabio moralista, que no tardan en imprimir en el físico el sello de sus excitaciones, arrancándole infinitos males que hacen la vida más precaria y aun más breve que lo que de suyo es. Tampoco desconoció este médico que las propensiones animales de algunos eran debidas á su organización, como igualmente la necesidad de modificar el temperamento del individuo, ya que no sea posible variar las condiciones de su modo de ser, que es precisamente en lo que consiste su educación física, dirigida prudentemente mediante conocimientos fisiológicos. Así es que encarga á los que desconfíen de los desarrollos intelectuales anticipados: les recomienda la mayor circunspección y tino en la elección de preceptores, y les aconseja que no usen del rigor para con los niños, antes bien, que los atraigan por medio del cariño y de los premios para haber de estimularlos prudentemente.

Carranza completa el cuadro brillante que nos traza La Serna en este Tratado, hablándonos de las obligaciones de los padres con respecto á los hijos, y si el uno como médico y filósofo describe de un modo juicioso y práctico los males de una educación abandonada ó mal dirigida, según sus luces sobre la organización del ser inteligente; el otro nos presenta lo dañosa que es á la república

la falta de educación y el interés de los Gobiernos en protegerla, como también el castigo dictado por los legisladores á los padres impíos y desnaturalizados.

Por último, el quinto Tratado de esta obra versa *Sobre la educación especial que debe darse á los hijos de los Reyes*: Hasta aquí el autor se ha mostrado profundo y sabio en las ciencias naturales y médicas, buen filósofo y buen moralista; pero ahora se presenta como historiador y político. La Serna tomó por tipos de sus doctrinas en este Tratado al divino Platón y las del filósofo de Estagira, acomodándolas á las circunstancias del siglo y á las de un Príncipe cristiano; demuestra cuáles eran las sublimes ideas que debían inspirarles sus directores casi desde la cuna; cuáles los escollos que desde la infancia debían alejar de su espíritu, cuáles, en fin, los estudios especiales y ejercicios á que se les debía dedicar en su puericia y juventud, á fin de que aquel que un día fuese llamado á ponerse á la cabeza de un Estado, supiese conducirlo bien sabia y políticamente; estuviese dotado de magnanimidad y grandeza de ánimo, fuese apto para labrar la prosperidad de los pueblos, supiese dar paz y ventura á sus gobernados y esplendor y gloria á la nación entera.

Si Fenelón, en su preciosa obra *Sobre la educación de un Príncipe*, nos presenta las más sublimes máximas de moral y los medios más prudentes para formar un héroe, La Serna, aunque sin deleitarnos en su *optimi regis institutione*, como lo hizo aquel ilustre prelado en su *Telémaco*, es acreedor, sin embargo, á participar de la fama póstuma de aquél, pues como él estudió de un mismo asunto, como él se propuso un mismo objeto y cual él trató este

punto con igual filosofía. Fácil nos sería trasladar aquí algunas de las sublimes máximas de gobierno que trae nuestro La Serna, comprobándolas con hechos históricos; pero no debemos salir de nuestro propósito ni detenernos en hacer un análisis más circunstanciado de la obra que rápidamente hemos recorrido, porque la extensión de sus materias nos ocuparían demasiado espacio; basta, pues, lo dicho, para dar á nuestros lectores una idea del mérito de este español, que es uno de los que más honran la historia de nuestra Medicina».

Aquí acaba el juicio que esta obra mereció á uno de nuestros más eminentes bibliográficos de la Ciencia médica.

II. *Joannis Gallego de la Serna, Malachensis catholiconum Filippi III et IV Hispaniarum regum archiatri necnon Cristianissimæ Galorum Reginæ primari quodam medici: Recte ad dogmaticæ medendi vera methodus Opusculorum, multorum insigniumque experimentorum, preceptorum et certissimorum rationibus illustratus, In sex tractatus distributum. Omnibus medicinam facientibus summæ profuturum. Paris, 1639, per Antonii Berdier.*

En folio. Dedicado á S. M.

He aquí el juicio que mereció á Morejón:

«Los hechos prácticos que contiene esta obra y las curiosas historias que refiere, hacen su lectura, al par de útil, entretenida. Daremos una idea, aunque sucinta, de los principales puntos de que trata en cada uno de los seis libros en que la divide.

El primer libro consta de 30 capítulos; principia hablando de la necesidad de estudiar los autores antiguos, del conocimiento y esencia de las enfermedades, de sus causas, síntomas y diagnóstico, pronóstico y método curativo. Prueba que el co-

nocimiento de los empíricos es insuficiente y que sólo la experiencia razonada es la que puede dirigir al médico para establecer el método curativo conveniente. Reprende á los médicos que perdían el tiempo en vanas cuestiones sofistas, diciéndoles *que su misión era sanar á los enfermos y no litigar sobre cuestiones de nombres*. Impugna las opiniones de los *metodistas* acerca de los contraindicantes y contraindicaciones, dándoles la significación de estas voces, según el sentir de Galeno. Explica lo que se debía entender por *Seopo* y reprende el error de los Profesores de su tiempo acerca del significado de esta palabra. Trata de las indicaciones, de su número, diferencia y del uso que de ellas se debe hacer en la práctica. Prueba que la costumbre debe tomarse por temperamento; cuánto importa consultarla ó mudarla, según prudentemente convenga en ciertos casos. Examina las opiniones de los médicos astrólogos y deduce las que deben respetarse por su utilidad y las que conviene deshechar, considerando á esta Ciencia como una parte de los conocimientos indispensables á todo médico. En fin, trata en varios capítulos del método, accidentes, precauciones, etc., etc.

En el libro segundo, después de hacerse cargo en los primeros capítulos de la gran necesidad del hábito práctico para saber oportunamente cuándo y cómo se han de administrar los remedios, se ocupa el autor en describir los signos patognomónicos de la calentura ardiente exquisita, del método curativo de la putridez; ventila el punto de si está indicado en ellas el uso de las bebidas frías; habla luego de los medios de corregir las evacuaciones biliosas de las mismas fiebres ardientes; qué bebidas refrigerantes sean mejores en la referida en-

fermedad, y concluye con la reñida disputa de su tiempo; acerca de las emisiones sanguíneas.

El libro tercero versa sobre las afecciones simpáticas y sus medios curativos; en siete capítulos está dividido y cada uno de ellos ofrece sumo interés.

El cuarto libro lo podemos considerar como un comento de *victus ratione in acutis* de Hipócrates, á cuyo aclarador Galeno sigue en un todo La Serna.

El quinto lo consagra á tratar de las emisiones sanguíneas, siguiendo igualmente el espíritu de los médicos griegos.

El sexto y último libro trata de la ocasión de las purgas; en 15 capítulos está dividido; en unos se muestra La Serna muy contrario á las opiniones de algunos médicos españoles de gran fama, como lo fué Mercado, al cual impugna y á todos los que aconsejaron los purgantes en las fiebres *punticular* y *pestilentes*; pero sus raciocinios son prudentes y dignos de su noble adversario. Merecen estudiarse los hechos prácticos que se refieren en este libro, así como en todo el resto de la obra. En el capítulo 9.º, titulado *in qua magnum esse peccatum errare in accentis febribus purgandi occasionem probatur*, etc., á la pág. 477, se halla la historia que ya hemos referido al principio de esta biografía, sobre la enfermedad de la Reina de Francia, que tanta gloria proporcionó á nuestro La Serna ».

III. *De naturali animarum origine invectionam, adversus Danielelem Sennertum*. Bruselas, 1640; en 4.º

Nicolás Antonio hace esta cita, pero un ilustre bibliógrafo indica que la primera edición se hizo en León, en 1634, en folio.

El célebre médico Lorenzo de Avilés Aldana, que ejerció en Milán, dedicó á Gallego de la Serna dos de sus obras.

VII

Dr. Francisco de Godoy.

Que Málaga fué su cuna es innegable. Lo confirman sus palabras al decir en uno de sus libros:

«Hablando generalmente, se entiende por patria de cada uno, aquella ciudad, villa ó lugar donde nació.

Siendo mi patria *Málaga, donde nací*, Baeza de donde soy oriundo, Sevilla donde ha tantos años que soy vecino, donde nacieron, se criaron y han tomado estado mis hijos».

Consta, pues, que en Málaga nació y que después de haber seguido la carrera de Medicina volvió á ella, prestando servicios especiales en algunas de las epidemias.

Es fácil que en Sevilla, donde debió estudiar, conociera á alguna seductora sevillana, cuyo recuerdo no se le borró, y por eso volviera á la ciudad de la Giralda, para casarse con ella, fijando allí su residencia.

Vivía en el barrio de Triana, pues en el folleto en que se ocupa de las avenidas del río Guadalquivir, hallamos un párrafo que dice:

«La casa más alta y anchurosa que á orillas del río hay en Triana es en la que yo vivía cuando la avenida que refiero, y en ella introdujo más de cinco cuartas de agua y tres de lama».

En una relación impresa en Madrid alude haber sufrido persecuciones, llegando á estar preso, pues en la misma se lee :

«En ocasión de estar preso en la cárcel de Sevilla fueron conducidos á ella doce ingleses, que por mis consejos y persecuciones se convirtieron á la fe católica romana».

No debió ser su prisión muy corta, cuando tuvo tiempo para convertir á estos protestantes.

Por esta misma hoja sabemos que fué Contador y Procurador de las fábricas de todas las Iglesias del Arzobispado de Sevilla, y en 1672, Ministro de la Real Audiencia de ella.

Estudiemos ahora algunas de sus obras y ellas nos probarán cómo Godoy hacía compatible el ejercicio de la Medicina con el cultivo de la poesía y las aficiones históricas.

1. *La vida de San Alvaro, mártir, en octavas. Escribióla D. Francisco de Godoy, natural de Málaga. Dedicada á D. Mateo Fernández de Laserna, Administrador general de los Derechos Reales de la ciudad de Sevilla. Año 1676. Con licencia en Sevilla, por Tomé de Dios Miranda, impresor en libros.*

En 4.º, sin foliar, 32 hojas.

Contiene :

Dedicatoria al que leyere. Aprobación de Fray Francisco Salvador, Provincial de San Agustín, Sevilla, 14 abril 1674. Idem de D. Pedro Esquivel, 6 de abril 1674. Licencia.

Empieza :

*De mi aliento, Señor, desconfiado, invoco confiado
vuestro aliento.*

Al final existe un romance de Godoy, titulado :

Un pecador arrepentido á Christo Nuestro oien.

Existen ejemplares en la Biblioteca Nacional y Económica de Córdoba.

II. *Fiestas en Sevilla por haber cumplido los catorce años el Rey D. Carlos II. Descripción en verso. En Sevilla, en casa de Juan Cabeza, año de 1675.*

En 4.º, sin foliar, 10 hojas. Escudero y Peroso examinó un ejemplar en la Biblioteca de Sevilla.

III. *Apólogo memorial, discurso joco-serio, moral y político. Contiene estacacsimos medios para que Dios nos quite la peste y el Rey Nuestro Señor..... los tributos. Escribióle D. Francisco de Godoy y Zamora. En Sevilla, por Juan Vejarano, año de 1682.*

En 8.º Poseía un ejemplar el Excmo. Sr. D. Agustín Durán y otro figuró en el Catálogo de Hernández.

IV. *Exhortación católica que hizo á sus hijos desde la cárcel, en ocasión de haber cegado el uno y adolecer el otro de una fiebre aguda.*

Sevilla. Imp. de Cabezas, 1677.

V. *Lo que saliere. Discurso político, moral y entretenido.*

Bibliografía Sevillana, pág. 450, núm. 1.757.

VI. *Las Trescientas. A D. Manuel Godoy, hijo del autor, pasando de los estudios menores á estudiar jurisprudencia, documentos espirituales, morales y políticos. En Sevilla, por Juan Cabezas, 1677.*

VII. *Demonstración / afectuosa / y debidos elogios / á el Ilustrísimo / Señor / D. Antonio Paino / mi Señor, en el día que su Ilustrísima predicó / en la Santa Patriarchat y Mayor Iglesia / de Sevilla /. Un grabado en mad. Conságrolos al Ilustrísimo Señor Dean y Cabildo de dicha S. Iglesia / D. Francisco de Godoy y Zamora, natural de Málaga /.*

En 4.º, 5 hojas. Es una loa en que hablan Orense, Zamora, Burgos y Sevilla.

VIII. *La devoción con que la M. N. y M. L. ciudad de Sevilla hizo las diligencias para ganar el jubileo del año Santo. En lo que difiera la indulgencia plenaria deste Santo Jubileo y su origen. Cuál sea el tesoro de la Iglesia, dónde está depositado y á quién toca distribuirlo. Dedicado á los Sres. Regente y Cidores, en general, D. Francisco de Godoy, vecino de dicha ciudad y natural de Málaga. Con licencia en Sevilla, por J. Cabezas, año de 1676.*

En 4.º, 16 pág.

Existía ejemplar en la Biblioteca Colombiana y otro estuvo anunciado en el Catálogo de Gabriel Sánchez.

IX. *Idea segunda de lo que saliere. Discurso jocoserio, moral y político. Cúlpanse los desórdenes que con capa de extrema necesidad se cometen. Escriviale D. Francisco de Godoy, vecino de Sevilla y natural de Málaga. Quien lo dedica al muy noble caballero D. J. Sebastián Justiniano. Con licencia en Sevilla, por Lucas Martín de Hermosilla, Impresor y Mercader de libros en la calle de Génova.*

En 4.º, 32 hojas.

Existía ejemplar en la Biblioteca de la Catedral de Córdoba, según Gallardo.

Dudamos si sería el mismo ó una segunda parte del citado por Escudero, con el título de *Lo que saliere*.

X. *Católica consolatoria exhortación que á los que en su patria han padecido las calamidades que de ocho años á esta parte se han experimentado, escribe D. Francisco de Godoy, vecino de Sevilla y natural de Málaga. Describese por última y mayor de todas, la muerte del Ilmo. Sr. Arzobispo D. Ambrosio Ignacio Spinola y Guzmán. Conságrase á el muy ilustre caballero D. Francisco Bucarali, del hábito*

de Calatrava, Marqués de Valle Hermoso. Con licencia en Sevilla, por Lucas Martín de Hermosilla. Impresor y Mercader de libros, año de 1684.

En 4.º, 36 págs., no foliadas.

Dedicatoria. — Soneto del Licenciado Andrés de Velasco. Censura del P. Bartolomé de Salas, Jesuita, muy en elogio de Godoy. Aprobación de Fr. Domingo Lince, Regente del Colegio Mayor de Santo Tomás, en 19 de junio de 1684. Censura del Licenciado D. Luis Francisco Curiel de Tejada, Abogado del Fisco de S. M. en la Inquisición de Sevilla, de la Real Audiencia y de los pobres, á 22 de junio de 1684 Carta del autor á Fr. Manuel Francisco de Godoy su hijo, estudiante en el Real Convento de San Pablo de Sevilla.

Respuesta: A el cristianísimo Rey de Francia Luis XIV, de este nombre reconviene D. Francisco de Godoy con la *Proclamación Católica* (del Obispo Fr. Alonso de Santo Tomás). Soneto. Al lector. Introducción.

Godoy detalla en esta obra, donde encontramos excelentes datos históricos, la sequía del año 1683 y las avenidas después del Guadalquivir, que tantos daños hicieron. Hace grandes elogios del Asistente de Sevilla, D. Luis de Salcedo y Arbrin.

Hay ejemplares de esta obra en la Biblioteca Colombina y en la de los herederos del bibliógrafo Sr. Palomo.

XI. *Relación verdadera en que se da noticia de la prisión de los doce ingleses que de nuestra (?) España trajeron á la cárcel de la Real Audiencia de Sevilla. Escribióla, estando preso en ella, D. Francisco de Godoy, Contador y Procurador general que fué de las fábricas de las Iglesias del Arzobispado de Sevilla y hoy Ministro de la Real Audiencia della,*

á cuya persuasión se redujeron á nuestra Santa Fe Católica.

Con licencia en Madrid en la Imprenta de Lucas Antonio de Bedmar, año de 1672.

En folio, á tres columnas. Un romance. Texto en prosa.

Existía un ejemplar en la Biblioteca del Código de Santa Cruz, de Valladolid.

XII. *Discurso filosófico, moral y político en que se describen las causas que pueden preservar un cuerpo de corrupción, motivado de un cadáver que después de veinticinco años que se sepultó, en el presente de 1674, fué hallado incorrupto en la Parroquia de San Miguel de esta nobilísima ciudad. Escribióla D. Francisco de Godoy, natural de Málaga y vecino de la M. N. y M. L. ciudad de Sevilla, conságrado al M. Ilustre Sr. D. Carlos de Herrera Enriquez y Ramirez de Arellano, Caballero de la Orden de Santiago. En Sevilla, por Juan Cabezas, año de 1675.*

Esta obra la cita Fernández Morejón y refiere la historia del cadáver de la siguiente manera:

« Por los años de 1649 reinaba en Sevilla una de esas mortandades pestilenciales de que ya nos hemos ocupado. El cura de San Miguel, que entonces lo era D. Fernando de Ahumada, tuvo la idea de poner un azulejo en todas las sepulturas de los que morían del contagio, para que no se abriesen, por los daños que podrían sobrevenir. De una de estas sepulturas con azulejo se sacó este cadáver que había sido enterrado en 1649, y que se hallaba entero y en tal disposición, que dice Godoy, testigo ocular, que en el ojo izquierdo, que estaba entreabierto, se percibía el blanco y la niña. El cura dispuso ponerlo en un ataúd forrado de carmesí y

lo depositó en una capilla que tenía reja, para impedir que el público hiciese en él lo que la tierra no pudo en veinticinco años. Corrió la voz en Sevilla de haber hallado un Santo, con cuyo motivo invadieron la Iglesia gran número de zafios, muchachos y viejas, que á porfía interpretaban y ponderaban el milagro. En esto se presentó entre la turba una mujer, afirmando que aquel era su padre y natural de Sevilla, y al momento cambió el vulgo de opinión. Unos decían que sería un excomulgado á quien la tierra tuvo asco de comer; otros que era un mágico, y otros que no se había corrompido por arte del demonio».

El Dr. Godoy prueba en este opúsculo que pueden existir cuerpos incorruptos por causas naturales, la mayoría de los cuales explica la ciencia perfectamente, sin que se tenga necesidad de atribuirlo á milagro ni á diabólicas artes. Combate las exageraciones del vulgo y analiza el caso como nada extraño.

* * *

No sabemos la fecha de la muerte de Godoy, que debió ser en los últimos años del siglo xvii.

Dejó por lo menos dos hijos; uno de ellos, llamado Manuel Francisco, fué religioso en el Convento de San Pablo, de Sevilla. Tuvo otro ciego y otro que estudió Derecho y que acaso fuese el que luego entró en una Orden religiosa.

VIII

D. Bernardo Francisco de Acevedo.

Este ilustre médico y escritor nació en la ciudad de Málaga en el primer tercio del siglo xvii.

Era pariente de los jesuitas P. Juan y Francisco de Acevedo, oriundos de Antequera.

Debió hacer D. Bernardo sus estudios en Osuna y Sevilla, regresando á Málaga después de la epidemia de 1649, pues no encontramos su nombre entre los Galenos que en ella ejercieron su profesión.

Consta que en 1656 vivía ya en Málaga, en la calle llamada de Manzanares, hoy desaparecida, que pertenecía á la colación del Sagrario. Estaba casado con D.^a María de Lopeña, teniendo tres hijas llamadas Ana, Isabel y Luisa.

De sus trabajos científicos sólo uno conocemos, que fué impreso en Málaga.

He aquí su nota bibliográfica, que cita Guillén Robles:

Tratado de la peste de Málaga, por Bernardo Francisco de Acevedo. Málaga, 1679. Imprenta de Mateo de López Hidalgo.

En 4.^o

No tiene gran mérito, pero opinamos con Morejón, que es muy curiosa y de valor histórico esta obra, pues en ella se detalla la peste que sufrió Málaga en el año 1678. Aunque de ella nos hemos

ocupado con detalles en nuestro libro *Epidemias de Málaga*, hace algunos años impreso, es oportuno consignar algunos datos.

Esta peste procedía de Orán, desde donde vino el contagio á Cartagena, con motivo de la llegada de unas ropas. En 28 de marzo de 1678 llegó al puerto malagueño un barco, que aunque negó su procedencia, ésta era de puerto infestado. Se le admitió y algunos marineros se hospedaron en una hostería de la calle de Don Juan de Málaga. Al siguiente día murió casi de repente uno de ellos, joven de diecinueve ó veinte años, y en seguida se contagiaron varias personas más « con pústulas carbuncosas, tumores en las ingles y debajo del brazo y calenturas malignas ». Inmediatamente el Dr. Alonso González declaró contagiosa la enfermedad, sacándose los enfermos para el Hospital y los sanos de aquellas casas para que hiciesen cuarentena en el Castillo de Santa Catalina. Un médico, deseoso de notoriedad, sostuvo que la enfermedad no era contagiosa y censuró los informes de los doctores D. Alonso González, D. Pedro Biosca y D. Bernardo Francisco de Acevedo. La masa popular estuvo á su lado, hubo discusiones acaloradas, nuevas reuniones de Profesores y como en la conocida fábula, cuando más se discutía llegó el lobo, que aquí era el contagio, invadiendo sitios diversos de la ciudad. Y eso que S. M., vistas esas diversas opiniones, había enviado á los médicos D. Marco Antonio Checa y D. Angel Lorenzo, que se vieron influidos por el criterio contrario á que fuese peste. Un médico ilustre, el Dr. D. Manuel Murillo, que se distinguió en la epidemia de 1649, rebatió los pareceres de los Dres. Checa y Lorenzo.

Ya era tarde. Entonces fué cuando vino comisio-

nado otro sabio Profesor de Medicina, el doctor D. Diego Blanco Salgado, que unido á sus compañeros D. Juan de Espinosa, D. Francisco Lamas y nuestro biografiado D. Bernardo Francisco de Acevedo, estudió la enfermedad con detenimiento. Preparó para Hospital las calles de la Cruz Verde y de los Negros, aposentó á los médicos y auxiliares en la de los Gitanos y para los convalecientes dispuso varias casas en las calles del Postigo de Juan Boyero y Ginetes.

Prohibió en absoluto los sepelios en las Iglesias, no obstante alegarse que se permitieron en las pestes de 1637 y 1649, mandó quemar las ropas de los apestados en las playas de San Andrés y Guadalmedina y ordenó se improvisase un cementerio en las llanuras de los Tejares.

En el Hospital de Caridad ingresaron 1.213 atacados y murieron 896, siendo aún mayor el número de los que entraron en el de Santa Ana y en los especiales que se crearon. La enfermedad afectaba igual carácter que en los últimos contagios. Era, por tanto, la llamada peste bubónica y levantina.

La epidemia se prolongó hasta mediados del año 1679 y se calcula fallecieron 8.000 personas, siendo la mayoría mujeres y niños.

El Obispo Fray Alonso de Santo Tomás trabajó con gran fe en esta epidemia y entre otros acuerdos tomó el de llamar á los frailes de San Juan de Dios, que aún no tenían casa en Málaga. Por cierto que se portaron tan bien, derrocharon tales tesoros de caridad, que la ciudad les cedió el Hospital de Santa Catalina y como ingresos los productos del corral de las Comedias.

La peste se extendió á Antequera, Ronda y Vé-

lez. En el Borge murieron 800 personas y no sobrevivieron más que dos matrimonios, distinguiéndose en el socorro de todos el beneficiado D. Pedro de Heredia, hasta el punto de que asistía á los enfermos, cuidaba del mantenimiento de los sanos y enterraba á los difuntos.

Todos los folletos que se escribieron sobre la peste elogian los trabajos que realizó el Dr. Acevedo.

Este vivía aún en 1682. Después de esta fecha no hemos hallado dato alguno sobre su persona.

IX

Áben-Albeithar.

Verdadera gloria de nuestro suelo es este famoso médico musulmán, cuyo nombre es desconocido para la mayoría de los malagueños, á quien sus paisanos no han elevado recuerdo alguno, ni existe inscripción que le perpetúe, ni una mala calle que lleve su nombre.

El ilustre autor de *Málaga musulmana*, cuyos apuntes sirven de base para este trabajo, le considera, fundado en autorizada opinión, como nacido en Málaga hacia el año 1197. Otros autores le dan como patria un pueblo inmediato á Málaga, pero reconociendo la misma época de su nacimiento.

Era su verdadero nombre Aldallah-ben-Ahmed Dhiaeddin abu Mohammed, pero se le conoció con los sobrenombres de *Annebati*, *Alachab* (El Botánico), y especialmente, *Áben-Albaitar* ó *Albeithar*.

Como este último sobrenombre indica, su padre debió ejercer la profesión de médico, probablemente en Málaga, donde *Áben-Albeithar* debió comenzar sus estudios.

Pasó luego á Sevilla, en cuyas florecientes escuelas empezó á demostrar su sabiduría, teniendo maestros de tanta importancia como *Abulabba An-*

nebafi, Abdallah, ben Zalet, ben Ismael y Aben Albachach.

Médico insigne, fué muy respetado de sus convecinos, pero sus aficiones le impulsaron al estudio de la Historia Natural, especialmente en su parte Botánica.

Sabido es que los musulmanes completaban su educación haciendo viajes, especialmente al Oriente. Visitó Andalucía, y embarcándose después, en el año 1219, cruzó el Mediterráneo, deteniéndose en Marruecos. En aquellos montes y llanuras recogió tesoros de minerales y plantas, que clasificó científicamente. Se detuvo en Túnez, Trípoli, Bugia y Constantina.

Llegó, tras no pocas investigaciones, á Egipto, de cuyo territorio era Sultán Malek Alkamel, quien le atrajo á su Palacio, colmándole de atenciones y honores. Según unos, fué nombrado Director general de los Centros Botánicos de Damasco, y según otros, Inspector de los herboristas egipcios y Jefe de los Médicos del Cairo.

Incansable en sus estudios, la ciencia le debió grandes triunfos, que popularizaron su nombre. Ni los empleos, ni los agasajos de los Soberanos le retuvieron en país alguno, y ansioso de nuevos conocimientos, visitó la Arabia, Siria y Mesopotamia, sin omitir algunos países cristianos, donde fué respetado por su sabiduría y atendido por sus virtudes. Debió volver á su tierra natal, pues en sus obras estudió muchos productos de nuestros campos y de nuestras costas.

Presidió la Academia científica de Damasco y estableció Cátedras, de donde salieron discípulos notables, entre ellos el historiador de la Medicina árabe, Aben abu Ossaibia.

Escribió muchas é importantes obras, entre las cuales sobresalen *Chami almoftidal addwiya walagdyá*, ó sea, *Tratado especial de los medicamentos simples*. Su firma alfabética dió á conocer los medicamentos más usuales de los reinos animal, vegetal y mineral. Tomó por elemento principal los autores griegos, rectificando, al par, muchas afirmaciones de Dioscórides, Galeno y Oribasa. Discutió ó corroboró las afirmaciones de Abu Hamfa, Isac-ben-Amrau y Arrafegui, y explanó nuevas teorías sobre los conocimientos demostrados por sus antecesores. Se ocupó de noticias vertidas sobre estas materias por escritores persas, judíos y caldeos.

Dió á conocer más de 200 especies de plantas, que hasta entonces habían pasado desapercibidas.

La obra de Aben-Albeithar produjo una verdadera revolución científica. Fué colmada de elogios y copiada en todas las mejores Bibliotecas. Sirvió de enseñanza en las Universidades y se comentó por los sabios más eminentes del mundo musulmán.

A disponer de mayor espacio, copiaríamos el correcto prólogo que la obra tiene y que Guillen Robles tomó de Secler.

Un historiador malagueño, ya citado, expone también la importancia filológica de la obra de nuestro paisano.

Dice así:

« Por ella se ha averiguado la existencia en el siglo xii y en los anteriores de una lengua generalmente denominada *latina*, la cual bien puede afirmarse que era la castellana, en los momentos de su gestación en Andalucía. Entraba en ella por mucho la influencia de sus dominadores, dando

también el lenguaje de éstos multitud de palabras, Aben-Albeithar consideraba el latín, ya tan corrompido, como el lenguaje vulgar de los vencidos cristianos; idioma que muchos moros entendían y tanto que tuvo que consignar en su obra multitud de nombres latinos de plantas, para que pudieran ser conocidas por los sarracenos. Entre estas palabras, hay muchas que han conservado su fisonomía peculiar de hijas del Lacio; otras, se presentan ya descompuestas por el uso bajo el mismo aspecto que hoy las empleamos. En una palabra, el *Mofridat* ha de ofrecer ancho campo á los filólogos españoles para seguir durante algún tiempo la formación y vida del castellano en una de las más importantes regiones de España.

Otra de sus obras fué el *Suficiente acerca de los remedios simples* (*hiognio fi addwiya el Mofridat*). Fué un libro práctico. Hay un ejemplar en la Biblioteca de París, dividido en 20 capítulos y dedicado á Malec Azalech. Rebatío en este volumen los errores de Aben-Chezla, en su libro *Alibena wabrina fi Alminac min alhalalil wa alanham*.

Además se le estima como autor de *Libro de Dioscórides*, *Tratado de pesas y medidas en la Medicina*, *Tedzquira ó Memorial práctico de Terapéutica*, *Manual Mad. ó Tratamientos*, citado por Fluegel en un Catálogo de las Bibliotecas de Oriente; *De las legumbres*, libro que tradujo al latín alpage; *Reglas de Farmacia*; *Propiedades raras y extraordinarias*.

A los cincuenta y un años de edad, hallándose en Damasco, en 1248, falleció el ilustre botánico. Algún escritor supone que del nombre de *Albeithar*, procede el de *Albéitar*, con que se ha conocido al veterinario en España.

X

Pedro Biosca Casanova.

Se le considera malagueño, pero lo único confirmado es que en Málaga residió muchos años y en ella murió.

Había hecho sus estudios en la ciudad de Alcalá de Henares, donde recibió el grado de Doctor en Medicina. Obtuvo poco después una titular de Baza, que desempeñó algún tiempo, hasta que vino á Málaga, donde pronto se dió á conocer por sus acertados pronósticos y su aplicación al estudio de las Ciencias.

Hacia el año 1673 le nombró su médico el Obispo Fray Alonso de Santo Tomás, puesto que desempeñó con acierto, logrando por completo la confianza del ilustre y aristocrático prelado.

En la peste de 1678 prestó grandes servicios y le mencionaron Blanco, Acevedo, Checa y cuantos de ella se ocuparon.

En 1674 aparece una aprobación suya en el libro *Satisfacciones médicas físicas, donde se declara que en un mixto perfecto puede haber coexistencia de cuatidades contrarias*, escrita por el Licenciado D. J. B. Saura y Arriola, médico de la villa de Lopera, impresa en Jaén por José Copado, obra rarísima y que cita Gallardo en su *Ensayo de una Biblioteca de libros raros y curiosos*.

He aquí las obras de Biosca que conocemos:

I. *Respiraciones médicas satisfactorias, acerca de la enfermedad de D. Diego Hurtado de Mendoza.* En 4.º Impreso en Granada por Francisco Sánchez en 1670.

Existe una dedicatoria á D. Juan de Salazar y Acuña, Capellán Mayor de la Santa Iglesia Catedral de Baza.

Seguramente algunos de sus compañeros le atacaron por el método que siguió para curar, ó intentar curar al Sr. Hurtado de Mendoza. Afirma que siempre le consideró como un *tabardillo* producto del desarreglo en el régimen dietético. Alega y defiende las razones que tuvo para ordenar purgantes antes de sangrarlo, como igualmente al disponer que la sangría se le hiciese en los brazos y en corta cantidad, contra el parecer emitido por sus compañeros.

II. *Método más propio y de acuerdo con la razón para combatir ciertas enfermedades hijas del clima húmedo de los puertos de mar, como Málaga.*

Se hace referencia á esta obra, que debió permanecer manuscrita, en el libro de apuntes que se conserva en el Monasterio de la Encarnación, del cual era médico el Sr. Biosca.

III. *Carta antipologética, respuesta á otra del Dr. Marco Antonio de Checa, Catedrático de Prima de la Universidad de Granada, en que se defiende y prueba haber sido peste la enfermedad que corrió este año de 1678, en la ciudad de Málaga.* Impreso en Málaga por Mateo López Hidalgo. Año de 1679. — En 4.º

Este libro coincide en su parte histórica y en sus apreciaciones, con el publicado sobre el mismo tema y en iguales circunstancias por D. Bernardo

Francisco de Acevedo. Ataca la conducta seguida por los Dres. D. Mario Antonio Checa y D. Miguel Lorenzo, á quienes viene á considerar como autores, por su obstinación y amor propio, de que la epidemia se propagase.

Diserta con discreción sobre los recursos á que se debe apelar en casos de contagio, censurando las disputas que en esos momentos nacen. Resulta pesada la parte que dedica á detallar el método curativo que empleó y sus resultados en varios enfermos. El estilo es más correcto que el de otros folletos escritos en aquel año sobre la referida peste, aunque no deja de ser apasionado en su criterio.

IV. *Los dos insignes médicos Pedro Poterio y Juan Escrodero, defendidos en la práctica de la flor de melocotón ó durazno, medicamento purgante. Málaga. En las oficinas de Mateo López Hidalgo, 1687. En 4.º*

Existía un ejemplar en la Biblioteca Episcopal.

Biosca Casanova quiso inmiscuirse en aquella discusión científica sobre la conveniencia del purgante de flor de melocotón, la que resucitaba por entonces un religioso de San Juan de Dios, práctica de Hospitales, llegado á Ronda, donde trataba de introducir la práctica de este medicamento, exaltando sus virtudes. Biosca se declaró también partidario, y en su libro defiende el purgante con energía, declarándose adepto á la nueva teoría, que por cierto no llegó á extenderse mucho, aunque no fué sólo el libro de Biosca el escrito sobre la materia, según los datos que hallamos en las noticias bibliográficas de Fernández Morejón y Chinchilla.

El médico malacitano dividió la obra en cinco capítulos, que fueron :

1. *Del uso del remedio.* II. *De los casos prácticos que confirmaban su virtud purgante.* III. *Respuesta á las varias objeciones que se hacían contra el uso de la flor del durazno.* IV y V. *Contestación á los escritos de varios médicos que atacaron á los insignes Pedro Poterio y Juan Escrodero.*

No hemos hallado en los Archivos parroquiales de Málaga, no tan completos de esta época como fuera de desear, la partida de sepelio del doctor Biosca.

Noticias abreviadas de algunos otros médicos, hijos de Málaga ó residentes en esta provincia, que se han distinguido por sus escritos.

Abu Abdallah Almotarriif.

Nació en Málaga el año 379 de la Egira (989, E. C). Según Guillén Robles, residió varios años en Sevilla, donde debió hacer sus estudios.

No era sólo médico notable, sino que sus estudios científicos le llevaron á ser maestro de Teología Coránica, Matemáticas y Jurisprudencia.

Fué muy considerado en toda Andalucía.

Murió en el año 1054 de la Era Cristiana.

Su verdadero nombre era Abderrahman ben Moslem ben Abdelmelic ben Alwalid el Koraxi Abu Abdallah Almotarriif.

Almirón Zayas (Fernando de).

Este ilustre médico nació en Antequera.

Escribió varias obras de Medicina.

Gallardo menciona lo siguiente:

«Discurso de la anatomía de algunos miembros del cuerpo humano, necessario, en orden, á los daños, que del continuo uso del tabaco suceden á los que lo usan sin orden y método medicinal. Con algunos avisos y documentos para los que le hubieren de usar, con lo cual les sería menos dañoso su uso. Compuesto por el Dr. Fernando de Almirón Zayas, natural de Antequera y vecino de Carmona. Al Illustrissimo y Reverendissimo Señor Don Pedro de

Castro y Quiñones, Meritissimo Arzobispo de Sevilla. (E. de A.). Con licencia. En Sevilla, por Gabriel Ramos Vejarano, en la calle de Génova. Año 1623.
En 4.º, 12 hojas.

Arguello Castrillo (Agustín).

Vivía en Málaga en 1675.

Publicó un libro sobre el estudio de la Medicina y demostración física de la esencia de las fibras, en que intentó probar que esta enfermedad por sí no era mortal.

Años antes había traducido y publicado en Madrid la siguiente obra :

« *Descripción compendiosa de las enfermedades que reinan lo más comunmente en los Ejércitos, con el método de curarlas, etc.*

Madrid, 1767, por Andrés Ortega. La obra era del Barón Van Swieten.

Barahona Soto (Luis).

Este eminente poeta, elogiado por Cervantes, y gloria de la lírica española, era médico ilustre y ejerció su profesión en Archidona, donde murió.

No hemos de añadir dato alguno, pues todos ellos se consignan en el notable libro que con el título de *Luis Barahona* escribió el actual y erudito Director de la *Biblioteca Nacional*, D. Francisco Rodríguez Marín.

Fernández de Castro (Nazario).

Residió muchos años en la provincia de Málaga, aunque ignoramos si fué natural de ella.

En 1769 era titular de la villa de Junquera y en

1771 pasó á Cádiz, hasta que poco después se le confió la dirección de los baños de Hardales, hoy de Carratraca.

En Cádiz se portó admirablemente en la fiebre amarilla de 1800. En 1804 asistió á los epidemios de Málaga.

Dió á luz varias obras, siendo importantes sus *Diálogos críticos* sobre los citados baños de Carratraca, impresos en Málaga en 1785, y el *Informe á la Junta de Sanidad de Madrid*, que vió la luz en Cádiz en 1810, varios años después de escrito. Era un notable estudio de la epidemia de 1800 á 1805.

Gutiérrez de Angulo (Nicolás).

Nació en Antequera el año 1444.

Estudió la Medicina, y establecido en su pueblo natal, ejerció su profesión con acierto. Fué nombrado médico de los Duques de Arcos.

Escribió un libro sobre la enfermedad del garrotillo, que no hemos llegado á ver, y otro sobre los venenos.

Descolló como poeta.

Murió en el año 1522.

López Teruel (Blas Torcuato).

Ejerció la profesión en Velez-Málaga, aunque había nacido en Guadix, siendo hijo de un médico granadino.

Escribió un folleto sobre el tabardillo, que se imprimió en 1630, creemos que en Granada.

Era familiar del Santo Oficio.

Martínez Montes (Vicente).

Fué uno de los fundadores del *Instituto Médico Malagueño*, en 1845.

Su obra más notable fué su *Topografía médica de la ciudad de Málaga*.

Escribió libros de distintas materias, como el que se ocupa de su *Viaje á París en 1867* y un *Estudio sobre las Cajas de Ahorros escolares*.

Dió vida, con sus esfuerzos, al *Monte de Piedad de Málaga*, que dirigió muchos años.

Mendoza (José).

Era Subdelegado de Medicina de Málaga en el año 1833, cuando el cólera hizo centenares de víctimas, prestando en aquella epidemia grandes servicios.

Escribió en 1834 una *Memoria política médica sobre la enfermedad sufrida en la ciudad de Málaga en 1833*.

Marchó después á Madrid, donde escribió otras obras.

Ortigosa (Alonso Iñigo).

Aunque nació en Osuna, residió en Antequera.

Se le cita como médico en los apuntes de Medicina Conde, pero Morejón asegura fué sólo boticario.

Escribió :

« *Apología y verdadera descripción de la confesión Alchermes* ». Antequera, por Manuel Bootello, de Pravia, 1633.

En 4.º

Murió hacia el 1645.

Porras Villalón (Pedro de).

Médico antequerano.

En unión de Nicolás Gutiérrez de Andrade, escribió en latín, é imprimió en Lisboa, en 1637, un libro sobre Toxicología muy curioso y que revela gran erudición.

Rubio (Antonio).

Médico malagueño.

Publicó el *Análisis médico de la epidemia que se padeció en Málaga el año 1741*.

Lo cita Villalba en su *Epidemiología*.

Salamanca (José María).

Nació en Málaga y estudió en la Universidad granadina.

Fué maestro consultor del Colegio Nacional de Medicina de Cádiz y del Cuerpo de Profesores de la Armada; primer médico de la Junta Municipal sanitaria malagueña; Individuo de la Sociedad de Medicina de París; de la Real Academia Matritense, y de la Médico Quirúrgica de Cádiz.

En 1804 imprimió un libro relativo á la fiebre amarilla que observó en los Hospitales de Málaga.

En 1822 dió á luz en Granada, en la imprenta de Benavides, á su obra « *Observaciones médicas sobre el contagio de la fiebre amarilla y su introducción en esta ciudad de Málaga, en varias épocas, desde el año 1800 hasta el pasado año 1821* ».

Fué padre del célebre hacendista D. José Salamanca.

Soto (Pedro de).

Este médico malagueño aprendió la Ciencia médica en Granada, siendo discípulo del Dr. Tomás del Castillo.

Se conoce como de Soto el libro impreso en Málaga por Juan Serrano de Vargas en el año 1634, titulado :

« Respuesta á la relación de la enfermedad de la Sra. Marquesa de Quintanas, escrita por el doctor D. Juan de Viana contra el Dr. D. Tomás del Castillo Ochoa ».

Soto defendió á su maestro con energía y trató duramente al Dr. Viana Montesano, considerando que no había conocido la enfermedad y tratando de probar su ignorancia.

La Marquesa de Quintanas era la madre del Obispo Fray Alonso de Santo Tomás, dama de la Reina, y á la que se discutió mucho en vida, suponiendo que de sus amores con el Rey Felipe IV nació el ilustre prelado que mencionamos.

Pedro de Soto murió en Málaga en una de las casas de la Puerta Nueva, el 22 de Mayo de 1642.

Suárez (Manuel).

Nació en Málaga.

Escribió :

Disertación física médica : uso y abuso de los baños de Hardales, ilustrada en varias observaciones propicias y adversas. Su autor es D. Manuel Suárez, médico titular de la muy noble y muy leal ciudad de Málaga, 1770.

En 4.º

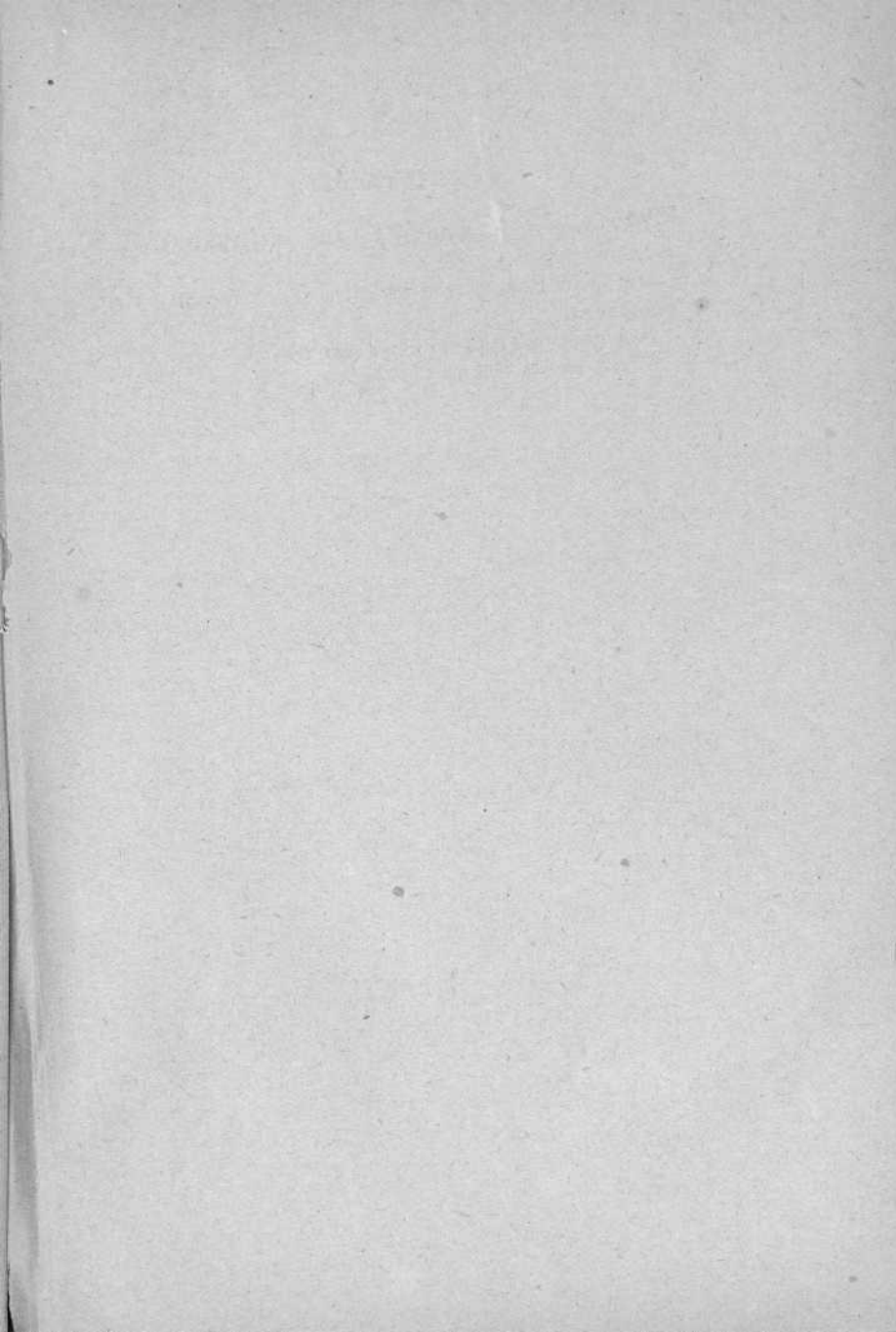
Vega (Francisco).

En las epidemias de 1854 y 1860 se distinguió notablemente.

Dejó inéditos varios estudios sobre temas de la profesión.

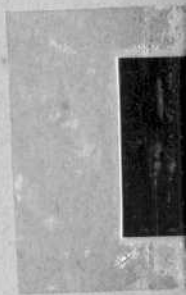
Era muy querido de sus paisanos.

Murió hacia el año 1868.











37

X

FE